

# **EDIFICAR SOBRE ROCA**

# **EDIFICAR SOBRE ROCA**

## **INTRODUCCION**

### **I. EVANGELIZAR EN UN CONTEXTO CULTURAL DIFERENTE**

- 1.1. Un mundo rico en conquistas humanas y muy secularizado**
- 1.2. El Evangelio es nuestra mejor aportación a la cultura moderna**
- 1.3. La importancia de los cimientos**
- 1.4. La bondad del Evangelio cuestionada**
- 1.5. Evangelización y diálogo con todos**
- 1.6. El mandato permanente a "remar mar adentro"**
- 1.7. En la Palabra del Señor**
  - 1) La confianza en la fuerza del Señor*
  - 2) La alegría de saber que Dios nos ama*
  - 3) La constancia en el trabajo y el respeto a las comunidades*
  - 4) La prioridad de la contemplación y de la oración*

### **II. UN PROYECTO CENTRADO EN LA INICIACIÓN CRISTIANA**

- 2.1. La acogida y aceptación de la Palabra. Anuncio, catequesis, comprensión y confesión**
  - 1) Hay que partir de la Palabra*
  - 2) Presentación doctrinal orgánica*
  - 3) Las afirmaciones centrales de la fe*
- 2.2. La interiorización personal de las Bienaventuranzas y de sus consecuencias**
  - 1) La espiritualidad de las Bienaventuranzas*
  - 2) Prioridades en la formación integral de la persona*
  - 3) Asumiendo los valores tradicionales y los nuevos*
  - 4) Con los sentimientos de Jesucristo*

### **2.3. El sentido de la celebración litúrgica y su asimilación**

- 1) El sentido teológico de la Liturgia*
- 2) Los sacramentos, fuente de la santidad*
- 3) El sacramento de la penitencia*
- 4) Elementos para el desarrollo de la espiritualidad litúrgica*

### **2.4. El descubrimiento de la oración y la práctica de la misma**

- 1) La oración y su aprendizaje*
- 2) La oración nos lleva a la acción*
- 3) Hay que descubrir las huellas de Dios también en el mundo de la ciencia y de la técnica*

### **2.5. El discernimiento de la voz de Dios y la respuesta creyente**

- 1) Hay que mirar el mundo a la luz de la fe*
- 2) La doctrina social de la Iglesia*
- 3) La presencia de los cristianos en el mundo*

### **2.6. La inserción en la comunidad cristiana**

- 1) Se ha progresado en la vivencia comunitaria de la fe cristiana*
- 2) Hay que fomentar los organismos de participación y comunión*

## **III. LOS ÁMBITOS DE LA INICIACION CRISTIANA**

### **3.1. Hacia una profunda renovación de nuestra tarea catequética**

- 1) El papel fundamental del catequista*
- 2) La educación en los valores del Reino*
- 3) La iniciación en la vida litúrgica*
- 4) La importancia de crear vínculos*

### **3.2. La Iniciación cristiana en la pastoral de juventud**

- 1) Una etapa de la vida especialmente receptiva*
- 2) El aprendizaje de la oración personal*
- 3) La capacidad de amar con el cuerpo y con el alma*
- 4) La seducción de Jesucristo*
- 5) La plataforma de la enseñanza de religión*
- 6) Jesucristo en la Universidad*

### **3.3. La urgencia y prioridad de la pastoral familiar**

- 1) Los primeros años del matrimonio*
- 2) El regreso a la práctica de la fe*
- 3) La educación de la fe en el hogar*
- 4) La atención a los enfermos y a las personas mayores*

## **IV. CONCLUSIÓN**

## INTRODUCCION

Desde hace ya muchos años, la Diócesis de Málaga mantiene el empeño pastoral de trabajar como Pueblo de Dios unido, que otea el horizonte y busca nuevos caminos para ir al encuentro del mundo moderno, revisa sus actuaciones pastorales, comparte sus aciertos y sabe corregir sus decisiones menos lúcidas. Es un estilo de trabajo pastoral al que no estábamos muy habituados, pero que va ganando terreno entre nosotros. Juntos estamos aprendiendo a que toda parroquia y comunidad cristiana tenga un programa pastoral que actualiza cada año, a que los diferentes servicios o ministerios parroquiales estén coordinados entre sí y sean revisados por el Consejo Pastoral Parroquial y a que todos los miembros del Pueblo de Dios se sientan protagonistas y responsables de la única tarea pastoral.

Contamos con el “PROYECTO PASTORAL DIOCESANO 2.001-2.006. *Duc in altum*”. Tras haber dedicado un curso entero a conocerle con profundidad, a reflexionar y dialogar sobre sus ideas de fondo y sus propuestas y a darle a conocer a todos, este curso, queremos llevar a la práctica algunas de sus propuestas. Para facilitar dicha labor, un grupo muy amplio y plural de personas que están comprometidas en diversas tareas pastorales han elaborado unos materiales básicos, que nos pueden servir de gran ayuda y que os invito a conocer a fondo para poder usarlos con provecho.

Como viene siendo costumbre, me ha parecido oportuno aportar también por mi parte una palabra de aliento y algunas sugerencias que considero convenientes. Mi Carta quiere ser únicamente una voz de ánimo y compañía, al hilo del trabajo. Es posible que descubráis en ella algunas reflexiones y análisis que han ido surgiendo en reuniones que he presidido en vuestra parroquia, en vuestro arciprestazgo, en el Consejo Pastoral Diocesano o en un encuentro con religiosos/as. Es normal, porque le suelo pedir a Dios que, en mi misión de enseñar y de servir, sepa escuchar a todos para discernir su voz entre las muchas que hoy resuenan y pueda luego alentar la comunión. Por semejante motivo, en mis Cartas pastorales intento ofrecer mucho de lo bueno que yo mismo he recibido.

Este año, me propongo hacerme eco de la llamada de Juan Pablo II a "remar mar adentro". Es decir, a ir al fondo de nuestra fe, donde germinan y se alimentan el amor y la esperanza, para encontrar la raíz de los problemas que hacen difícil la evangelización en el mundo actual y para escuchar la voz del Espíritu a nuestra Iglesia y aprender a trabajar "en el nombre del Señor". Cada uno de vosotros, los bautizados, debe hacer suya esta recomendación de San Pablo a Timoteo: “Mantente fuerte en la gracia de Cristo Jesús; y cuanto me has oído en presencia de muchos testigos, confíalo a hombres fieles, que sean capaces, a su vez, de instruir a otros” (2Tm 2,1-2)

Esta invitación es oportuna y válida para todos, y especialmente para los que se encuentren más desalentados, ya sean sacerdotes, religiosos/as o bautizados en general. Tenemos que continuar la apasionante tarea de evangelizar con obras y con palabras. Pero hemos de hacerlo con ilusión y con lucidez, sabiendo en qué mundo nos movemos.

## **I. EVANGELIZAR EN UN CONTEXTO CULTURAL DIFERENTE**

### **1.1. Un mundo rico en conquistas humanas y muy secularizado.**

Nos ha tocado vivir en un contexto cultural rico en conquistas humanas, pero poco propicio a las creencias religiosas. Apoyado en la luz de la razón y con la ayuda de la ciencia, esa creación formidable que es fruto del esfuerzo de muchas generaciones, el hombre ha logrado prolongar su vida sobre la tierra, ha mejorado la calidad de la misma, ha liberado al trabajo del esfuerzo físico que otrora requería y sueña ya con implantar una existencia relativamente feliz. Es consciente de que aún tiene problemas graves que afrontar, como la situación de hambre de numerosos pueblos, la distribución injusta de los bienes, las enfermedades psíquicas y la violencia creciente que se manifiesta en el terrorismo y en guerras cada vez más cruentas. Pero no cabe duda de que el hombre moderno ha conseguido conquistas brillantes, que ponen de manifiesto su grandeza y le dan motivos para sentirse orgulloso de su inteligencia y de su creatividad.

Sin embargo, la mezcla de situaciones humanas de injusticia y sufrimiento con los espléndidos logros científicos y políticos plantea serios desafíos intelectuales sobre la capacidad humana y ética del hombre, y sobre el sentido de la historia. La fe católica ilumina este profundo enigma con la luz del Evangelio. Por una parte, enseña que los seres humanos sufrimos las graves consecuencias del pecado original; mas por otra, nos asegura que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios y que el pecado, con su fuerza destructiva y disolvente, ha sido vencido por Jesucristo.

Entre el optimismo ingenuo de quienes sólo se fijan en la bondad del hombre, y el pesimismo de los que insisten en su egoísmo feroz y en su agresividad congénita, la fe católica nos dice que el hombre ha sido creado por Dios para ser su amigo, que ha roto libremente su comunión original con la bondad divina, hecho que desempeñó y sigue desempeñando una profunda repercusión negativa sobre la historia y el mundo en general; y que luego ha sido redimido por Jesucristo. Aunque en su situación presente conserva todavía algunas consecuencias destructivas del pecado, puede vencer el mal gracias al Espíritu de Jesucristo y vivir como hijo de Dios.

Así, entre el pesimismo histórico de unos y el optimismo de otros, la Iglesia proclama un horizonte de esperanza, a pesar de los graves problemas en que nos vemos envueltos. Por eso dice el Concilio Vaticano II que el Evangelio de Jesucristo ilumina el misterio del hombre (cf GS, 10).

Pero estamos en una situación en la que el Evangelio ha dejado de ser novedoso y provocador para numerosas personas de los países ricos de Occidente, entre los que nos contamos nosotros. Seducidos por sus brillantes logros científicos en casi todos los campos y volcados a las cosas de la tierra, muchos de nuestros contemporáneos apenas conservan ninguna sensibilidad para acoger el Misterio de Dios. Es cierto que se advierte un nuevo interés por la religión en el mundo de los ricos, pero es un interés que se queda en la superficie de los fenómenos, que convierte la experiencia religiosa en una mercancía de consumo y que no pasa de una vaga resonancia emotiva y simbólica. Incluso dentro de la comunidad cristiana han surgido voces y movimientos que abogan por una religiosidad más adaptada a nuestro tiempo, que consistiría, según ellos, en una práctica de carácter privado y subjetivo, sin más dogmas ni preceptos morales que los que decida cada cual en su conciencia.

La Iglesia, cuya misión y grandeza consiste en evangelizar (AA 2), se encuentra con situaciones humanas y culturales que convierten su tarea en un cometido muy difícil. En muchos casos, porque la secularización de la vida familiar, de la escuela y de otros ámbitos de aprendizaje implica que nadie hable a los niños y a los jóvenes de Dios ni del Evangelio con la autoridad de los testigos convencidos. Y nos encontramos, también en España, con una generación de adolescentes y de jóvenes que ignoran los rudimentos de la fe e incluso las oraciones más tradicionales. Y con otros, como numerosos cristianos adultos que se van alejando de la Iglesia, cuya fe recibida y educada a lo largo de la infancia, no se ha visto acompañada durante los años de la adolescencia, cuando la persona pone en crisis y revisa casi todo lo que ha recibido.

Este estado de cosas implica que haya un número creciente de personas a las que no es fácil interesar por el Evangelio. Son aquellos que apenas han oído nada de él a lo largo de su infancia y los que han abandonado su vida de fe durante la adolescencia y la juventud. Juntos componen el mundo de la increencia. Para ellos, el hecho religioso no significa prácticamente nada, pues han perdido todo interés por estas cuestiones.

Hay otros muchos que todavía conservan los rudimentos de la fe, pero ya apenas acuden a los actos de culto, si no es de manera ocasional, ni se preocupan de encarnar los valores evangélicos en su vida. Según dicen ellos mismos, se siguen considerando creyentes, pero no practicantes.

Pero hay todavía un alto porcentaje de españoles que han conservado la fe y que mantienen aún la práctica religiosa. A tenor de las estadísticas, se trata de un porcentaje importante de personas, que está en torno al treinta por ciento de la población, aunque se dan diferencias muy notables de unas autonomías a otras y, en Andalucía, no supera el quince por ciento. Si añadimos a éstos que se declaran creyentes practicantes los que afirman acudir al templo de vez en cuando, el conjunto se acerca al cuarenta por ciento en la totalidad de España. Mas también en muchas personas de este grupo se advierten serias carencias doctrinales con relación a la fe y a la moral de la Iglesia. De ahí la importancia que los programas pastorales de las diversas diócesis y de la Conferencia Episcopal atribuyen a la formación cristiana integral del Pueblo de Dios. El hecho de que no hayan aplicado los medios necesarios para pensar su fe a la luz de sus conocimientos y experiencias actuales, les impide dar razón de su esperanza a pesar de la firmeza de la misma. Y esta inseguridad en lo que se refiere a los fundamentos de su fe los mantiene alejados de las tareas apostólicas.

## **1. 2. El Evangelio es nuestra mejor aportación a la cultura moderna.**

El Vaticano II constituye un esfuerzo formidable por tender puentes entre el Evangelio y la cultura de este tiempo. A pesar del optimismo inicial, que algunos consideran ahora excesivo, este intento de diálogo parece un tanto paralizado, seguramente por la dificultad que entraña y por la escasez de resultados visibles. Como en toda empresa evangelizadora nueva, también en este empeño se han cometido errores, pero lo cierto es que se han dado pasos muy importantes. Sin embargo, los resultados no han sido especialmente brillantes para el Pueblo de Dios.

Algunos creyentes se acercaron generosamente a los no creyentes y juntos vieron la importancia de compartir la lucha por unos valores que aceptamos todos. Pero este esfuerzo generoso no siempre logró integrar la vida de fe con la experiencia de la lucha política y sindical en favor de los más pobres. Tal vez, el abismo entre la fe y la cultura moderna era mayor de lo que suponíamos y muchos terminaron abandonando la fe en Jesucristo o, al menos, su sentido de pertenencia a la Iglesia.

En la actualidad, podemos comprobar que numerosos cristianos, si no la mayoría, impulsados por la fe, se han comprometido en diversa medida en la lucha por los derechos humanos, por la justicia y por la paz. De esta forma, han sido fieles al Vaticano II, que nos dice: “Tomen parte, además, los cristianos en los esfuerzos de aquellos pueblos que, luchando contra el hambre, la ignorancia y las enfermedades, se esfuerzan por conseguir mejores condiciones de vida y afirmar la paz en el mundo. Gusten los fieles de cooperar prudentemente en este campo con los trabajos emprendidos por instituciones privadas y públicas, por los gobiernos, por organismos internacionales, por diversas comunidades cristianas y por las religiones no cristianas” (AG, 12). Y si algo hay que lamentar sobre esta cuestión, es el hecho de que no hayamos ido más lejos y de que este impulso de ser fermento evangélico en la masa haya perdido fuerza durante los últimos años.

Pero dicho esto, hemos de reconocer que la mejor aportación de los cristianos a la cultura moderna es el Evangelio, la proclamación del amor de Dios, que se nos ha manifestado en Jesucristo. Sin restar importancia a nuestra contribución en el campo de los valores humanos que no son específicamente evangélicos, lo más revolucionario y lo más enriquecedor que los cristianos podemos ofrecer es la fe en Dios, tal como se nos ha revelado en Jesucristo. Porque Dios es el origen y la meta del hombre, y sin Él, éste no puede alcanzar en absoluto la plenitud a la que está destinado en esta vida y en la futura, más allá de la historia presente. Privar al mundo del mensaje sobre Dios, sería una profunda irresponsabilidad por parte de quienes creemos en Él, y una pérdida irreparable para todos.

La aceptación sincera y leal de la “no confesionalidad” del Estado y de la libertad religiosa no implica que debamos callar el Evangelio o relegarle a la vida privada. Por mi parte, considero que uno de los aspectos más desconcertantes y dolorosos de la cultura actual es el silencio sobre Dios al que algunos pretenden someter a los creyentes, y la aceptación silenciosa de semejante idea por parte de no pocos cristianos. Unos callan sobre Dios porque no saben dar razón de su esperanza; otros, porque consideran equivocadamente que este silencio sobre Dios y sobre el Evangelio de Jesucristo les va a ganar el respeto de los no creyentes; y algunos, porque han aceptado la falsa idea de que dialogar consiste en ocultar lo que nos separa del otro y hablar sólo de lo que el otro desea oír.

Y únicamente los creyentes, con nuestros defectos y con toda la riqueza que nos aporta la fe, podemos hablar por experiencia de Dios, tal como Él se nos ha revelado. Hablo de todos “los creyentes”, pero deseo añadir un importante matiz. La defensa de la libertad religiosa y el respeto a las demás religiones no significa que los seguidores de Jesucristo pensemos que todas las religiones son iguales. Como dice el Concilio, “la Iglesia Católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, aunque discrepen en muchas cosas de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres. Anuncia y tiene obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es el camino, la verdad y la vida (Jn 14, 16), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas” (Nostra Aetate, 2; cf también 13).

### **1.3. La importancia de los cimientos.**

La cuestión fundamental del católico, hoy como siempre, consiste en ser un auténtico discípulo de Jesucristo, una persona evangélica. Es un camino tan apasionante como difícil en cualquier tiempo y en todo ambiente cultural. Podemos aprender mucho de los Santos, pues ellos son los mejores ejemplos tanto de la dificultad como de la grandeza de la vocación cristiana. La tarea de iniciar bien en la fe a quien se convierte al Evangelio es una preocupación permanente de la Iglesia, que la ha ido desarrollando con acentos diversos según los lugares y los tiempos.

Al católico actual, además de la necesidad intrínseca de fundamentar bien su fe, se le plantean tres cuestiones específicas: dar razón de su esperanza a las generaciones que se han alejado de la Iglesia, dialogar con los no creyentes con los que comparte vida y proyectos humanos, y mantener la identidad de su fe en un contexto marcado por una fuerte tendencia al relativismo y al subjetivismo doctrinal y ético.

Desde esta constatación, la Iglesia se pregunta cómo se debe educar a quienes se acercan a ella pidiendo la fe. Y se dan circunstancias muy diversas entre nosotros, pues es diferente el caso del niño que ha recibido en su hogar los rudimentos de la fe al de quien acude a pedir el bautismo en los primeros años de su adolescencia, y al del adulto que desea profundizar en la fe en que fue bautizado y ahora ha descubierto como un don precioso. Pero todos ellos necesitan convertirse en auténticos discípulos y seguidores de Jesucristo. Por ello, durante los últimos años, siguiendo la recomendación del Vaticano II (AG 14), hemos asumido que la educación cristiana básica tiene que seguir aquel modelo que los Santos Padres llaman la “Iniciación cristiana”.

El Concilio Vaticano II describe dicha Iniciación, de manera sintética, con las palabras siguientes: “Iníciense, pues, los catecúmenos convenientemente en el misterio de la salvación, en el ejercicio de las costumbres evangélicas y en los ritos sagrados que han de celebrarse en tiempos sucesivos, y sean introducidos en la vida de la fe, de la liturgia y de la caridad del Pueblo de Dios. Libres, luego, por los sacramentos de la iniciación cristiana, del poder de las tinieblas, muertos, sepultados y resucitados con Cristo, reciben el Espíritu de hijos de adopción y celebran con todo el pueblo de Dios el memorial de la muerte y resurrección del Señor” (AG 14).

Se trata de un proceso que, empleando todas las formas expresivas disponibles, abre la inteligencia y el corazón de la persona a la luz del Evangelio, la va introduciendo en la vida de la comunidad cristiana y la entrena para disfrutar, hacer suyo y practicar el amor fraterno. En tal proceso, se emplean los medios más adecuados para comprender y asumir el **Credo** de la Iglesia, para conformar los propios sentimientos con los de Cristo como enseña la carta a los cristianos de Filipos, y para configurar toda la existencia con el espíritu de las Bienaventuranzas. A lo largo de su desarrollo, como en todo intento educativo integral, tienen una gran importancia los itinerarios parciales, los ritos, los símbolos, la participación activa del sujeto y las convicciones básicas que sustentan la nueva forma de situarse ante la vida y de vivir en esta tierra con los demás, en camino hacia los brazos de Dios Padre.

El Directorio General para la Catequesis se fija en tres características, para que se pueda hablar de auténtica catequesis de Iniciación cristiana. La primera, que ofrezca una visión “orgánica y sistemática de la fe”. La segunda, que la educación que ofrece no se limite a comprender y asumir unas ideas, sino que sea “un aprendizaje de toda la vida cristiana (...) que propicia un auténtico seguimiento de Jesucristo, centrado en su persona”, de manera que “el hombre entero, en sus experiencias más profundas, se vea fecundado por la Palabra de Dios” y pase del hombre viejo al hombre nuevo. Y la tercera, que esta catequesis integral esté “centrada en lo nuclear de la experiencia cristiana, en las certezas más básicas de la fe y en los valores más fundamentales” (n. 67).

“La Iniciación cristiana, dice la Conferencia Episcopal Española, no se puede reducir a un simple proceso de enseñanza y de formación doctrinal, sino que ha de ser considerada una realidad que implica a toda la persona, la cual ha de asumir existencialmente su condición de hijo de Dios en el Hijo Jesucristo, abandonando su anterior modo de vivir, mientras realiza el aprendizaje de la vida cristiana y entra gozosamente en la comunión de la Iglesia, para ser en ella adorador del Padre y testigo del Dios vivo” (La iniciación cristiana, 18).

Constituyen elementos básicos de la misma una catequesis orgánica e integral; la unión entre catequesis y vida litúrgica, que se concreta en los tres sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía y en la inserción vital en la comunidad cristiana; y un proceso de inserción, en el Pueblo de Dios, por etapas que no fuerzan los ritmos de la persona. A lo largo del mismo, ésta acoge y hace suya la fe, se integra según sus circunstancias en la vida trinitaria y en la comunidad cristiana, se habitúa a celebrar con sus hermanos la fe recibida y se convierte en fermento que vive y anuncia el Evangelio en su hogar y en su ambiente, con obras y con palabras. Es así como pienso que se deben asentar los cimientos del creyente de hoy.

#### **1.4. La bondad del Evangelio cuestionada.**

Cada circunstancia histórica se caracteriza por tener una sensibilidad peculiar ante las cuestiones religiosas. Y el evangelizador tiene que sintonizar con las inquietudes de su tiempo para que sus palabras resuenen en el corazón de los oyentes. Él mismo necesita una profunda experiencia de Dios para convertirse en un testigo que narra lo que ha visto y oído, pero tiene que saber también situarse en su ambiente cultural y dejar que resuenen en su corazón todos los gozos, las esperanzas, las preocupaciones y los miedos de sus hermanos todos. Y ser consciente, al mismo tiempo, de las dificultades y prejuicios que pueden ocultar la grandeza del Evangelio a las personas que no tienen fe o impedir que sus palabras de anuncio lleguen nítidas a los oyentes.

He aludido ya a la secularización que invade la conciencia de los ciudadanos de los países más desarrollados técnica y científicamente. Además de impermeabilizarlos en todo lo referente a Dios, este fenómeno suele ir acompañado de otros aspectos que deseo señalar porque hacen difícil la misión de proclamar el Evangelio, al presentarse como conquistas humanas y como valores propios de las sociedades democráticas y evolucionadas. Por eso, llegan a convertirse en un obstáculo mental que hace imposible descubrir la bondad y la verdad del Evangelio.

Empecemos por la muerte de las utopías. Aleccionado por los fracasos históricos y por los grandes sacrificios que han supuesto las propuestas de una humanidad feliz por parte de ideologías como el comunismo o nacional socialismo, el hombre actual ha renunciado a “los grandes relatos”. Este escepticismo le ha impulsado a vivir la historia de cada día de una manera fragmentada y a no preguntarse ya por el sentido de los diversos acontecimientos ni de las cosas. Ni siquiera por el sentido de la propia vida. Y cuando se pierde la capacidad de hacer preguntas, la existencia se nos muestra como carente de todo significado, como un hecho fortuito que no tiene más finalidad que disfrutar de los placeres cotidianos mientras la vitalidad lo permita. El hombre actual se ve sumergido en un horizonte cerrado, en el que el anuncio de que Dios nos ama y se ha hecho hombre en el seno de María no tiene ningún sentido salvador y liberador. Más bien, llegan a considerar a la religión, a toda religión y a toda fe, como un freno que impide la libre decisión de cada uno en cuanto al uso de los bienes terrenos, al disfrute del propio cuerpo y a la decisión sobre el momento en que nuestra vida no da más de sí y hay que tomar la decisión de interrumpirla.

Por otra parte, vemos que la tolerancia y el diálogo pertenecen a la esencia de la democracia. Y numerosos pensadores opinan que sólo son verdaderamente dialogantes y tolerantes aquellas personas que están dispuestas a cambiar de opinión y de conducta. Pero los católicos hemos aceptado y sostenemos como verdades firmes e intangibles los enunciados de la fe que confesamos en el **Credo** y un conjunto de valores y principios éticos que dimanen del Evangelio. A juicio de muchos, esta presunción de tener certezas nos cierra a todo diálogo sincero y leal. Además, la historia de la ciencia y la Filosofía, según siguen diciendo, han enseñado que no hay verdades absolutas, sino afirmaciones provisionales, que cambian a medida que progresa nuestro conocimiento, porque toda verdad es parcial y relativa. Desde esta manera de pensar y enfrentarse a los problemas, los católicos aparecen como unos compañeros de viaje incómodos, cuando se tienen que abordar asuntos como el aborto, la eutanasia y la producción de embriones para el uso terapéutico, entre otros muchos asuntos.

Finalmente, cada grupo religioso sostiene que su **Credo** y su ética son los únicos verdaderos. Mientras las sociedades eran más homogéneas y estables, esta pretensión no planteaba dificultades especiales. Pero vivimos en una sociedad en la que el pluralismo religioso y la multiculturalidad son un hecho palpable, que ocasiona más de una fricción entre los mismos ciudadanos que se declaran creyentes de diversas religiones. Y puesto que los **Credos** no pueden ser todos verdaderos, la conclusión a que se llega es que las religiones son expresiones diversas de un sentimiento muy extendido. O lo que es igual, que el sentimiento religioso es legítimo como experiencia subjetiva, individual y privada, pero que las religiones como tales son ideologías anticuadas, que no se pueden integrar en las sociedades modernas y avanzadas. Más bien, dicen, se convierten en una fuente de intransigencia y de conflictos.

## **1.5. Evangelización y diálogo con todos.**

Los cristianos debemos distinguirnos por el respeto exquisito a los demás. Aunque, según las estadísticas, las personas que se dicen no creyentes son una pequeña minoría, merecen nuestro respeto igual que los creyentes de otras religiones. Es verdad que, en el pasado, no siempre se ha comprendido y practicado esta postura, pero el respeto a la libertad religiosa, la tolerancia y el diálogo son actitudes humanas que debemos compartir con todos.

El Vaticano II nos enseña que “el derecho a la libertad religiosa está realmente fundado en la dignidad misma de la persona humana, tal como se conoce por la palabra de Dios revelada y por la misma razón”. Y “esta libertad consiste en que todos los hombres deben estar libres de coacción, tanto por parte de las personas particulares como de los grupos sociales y de cualquier poder humano” (DH 2). Es más, la Iglesia Católica “exhorta a sus hijos a que, con prudencia y caridad, mediante el diálogo y la colaboración con los seguidores de otras religiones, dando testimonio de fe y vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que se hallan en ellos” (NA 2).

Sin embargo, el respeto e incluso la defensa ardiente de la libertad religiosa, de la tolerancia y del diálogo no implica que un católico dude de que la “única verdadera religión subsiste en la Iglesia Católica y apostólica, a la que el Señor Jesús confió la tarea de difundirla a todos los hombres” (DH 1). Por consiguiente, la tolerancia leal y el diálogo respetuoso no están reñidos con la firmeza de la fe en el Evangelio ni con la presentación del mismo a quien esté dispuesto a escuchar nuestro testimonio. Lo que contradice el espíritu del diálogo sincero es la ambigüedad de quien oculta aspectos de sus convicciones profundas para que el otro no se sienta molesto o turbado al dialogar.

Además del diálogo, es importante la colaboración en tareas humanitarias con personas que no creen en Dios y con creyentes de otras religiones. La cooperación con todos nos puede llevar a un mejor conocimiento del otro y de sus razones, a mantener abierto el diálogo y a trabajar por el hombre. Y en este sentido, los cristianos de Málaga y Melilla necesitamos mayor audacia y más imaginación para dar los pasos necesarios para compartir tareas humanitarias y para dialogar con todos.

## **1.6. El mandato permanente a "remar mar adentro".**

Igual que Pedro, cansado de haber bregado sin pescar nada a lo largo de una noche, numerosos cristianos de hoy recurren a su experiencia para justificar esa atonía pastoral en la que hemos caído. Ante casi todas las ofertas y propuestas misioneras, responden decepcionados que ya lo han intentado en repetidas ocasiones y que los resultados han sido nulos. Es lo que le vino a decir Pedro a Jesús, cuando le invitó a buscar la pesca de nuevo, en las aguas profundas. Aunque con frecuencia, a nosotros nos falta aquella fe que le llevó a añadir: “Pero, en tu Palabra, echaré la red” (Lc 5,5).

El testimonio de las grandes multitudes, especialmente de jóvenes, que vemos en los encuentros con el Papa Juan Pablo II nos dice que el Evangelio sigue siendo Buena Nueva para el hombre de hoy. También los llamados “nuevos movimientos” encuentran eco abundante cuando proclaman el Evangelio. Nos cuesta reconocer la evidencia, pero está ahí, aunque nuestras convicciones ideológicas nos presenten muchas explicaciones plausibles, para impedir que este hecho nos lleve a hacer un examen de conciencia más sincero.

Por lo pronto, evangelizar nunca ha sido misión fácil y el mismo Jesús no logró, al menos a primera vista, resultados muy brillantes durante su vida pública. Tampoco los Doce, sostenidos y guiados por la fuerza del Espíritu, conocieron el éxito pastoral. Su trabajo apostólico y su vida entera estuvieron acompañados por las dificultades, por los sufrimientos y por la cruz. Porque el Reino de Dios comienza como una semilla insignificante, que tiene que pudrirse para germinar, requiere labores duras y delicadas, crece entre la cizaña y necesita su tiempo para dar fruto. Esto quiere decir que nuestra misión consiste en sembrar con la humildad de la fe y en seguir trabajando con la alegría de la esperanza, aunque no lleguemos a ver la cosecha.

### **1. 7. En la Palabra del Señor.**

Pero tenemos que hacerlo “en la Palabra del Señor”, en su nombre. Y pienso que esta expresión nos invita a profundizar en cuatro actitudes del evangelizador que hoy son especialmente necesarias.

#### *1) La confianza en la fuerza del Señor.*

Cuando tenemos la certeza de que estamos respondiendo a una llamada y cumpliendo la voluntad de Dios, resulta más fácil mantener vivo el ardor y la audacia apostólica. Numerosas situaciones de agobio y de apatía pastoral tienen su fundamento en la carencia de unas actitudes espirituales profundas. Lo que más nos agobia y cansa psíquicamente es la falta de esperanza y de confianza en la validez de lo que estamos realizando. Nos cuesta aceptar la sensación de fracaso que se desprende de no poder contabilizar los resultados de nuestros afanes y desvelos. Además, no vemos que los jóvenes manifiesten interés por el Evangelio y, por otra parte, el momento que estamos viviendo se caracteriza por el pesimismo histórico y el conformismo frente a las situaciones de injusticia. Son experiencias que nos afectan más de lo que sospechamos. Sin embargo, cuando realizamos nuestra misión en el nombre del Señor, convencidos de que estamos haciendo lo que Él desea, resulta posible mantener alto nuestro tono vital y nuestro ardor apostólico en medio de los fracasos. La contemplación de la vida de Jesús, la escucha de su Palabra y el abandono en sus manos son la garantía del evangelizador y la fuente de su fortaleza.

## *2) La alegría de saber que Dios nos ama.*

No me refiero a ese clima de euforia más o menos pasajero que se puede conseguir por diversos medios psicológicos, ni a la sensación de bienestar que produce la autoestima, sino a la alegría del corazón, que es un fruto del Espíritu Santo. Como enseñó Pablo VI, el hombre la experimenta cuando se halla en armonía consigo mismo, con la naturaleza y especialmente, “cuando su espíritu entra en posesión de Dios, conocido y amado como bien supremo e insustituible” (*La alegría cristiana*, I). Pero esta alegría es un bien escaso en muchas personas que proclaman el Evangelio, a pesar de que es necesario que el anuncio de la Buena Nueva de la salvación se realice desde la paz del corazón y ese sentimiento de plenitud que llamamos alegría. Cuando ésta falta, las palabras más hermosas e inteligentes carecen de alma, porque han dejado de ser un testimonio personal para convertirse en la transmisión de una teoría que aceptamos con más o menos firmeza.

## *3) La constancia en el trabajo y el respeto a las comunidades.*

Acostumbrados a un ritmo acelerado de vida y a los resultados rápidos, nos impacientamos fácilmente cuando nuestras programaciones y recursos de todo tipo no dan los frutos previstos y apetecidos. Por supuesto, es conveniente que revisemos las programaciones y el trabajo que se ha realizado, para tener la certeza de que estamos poniendo en juego cuanto está a nuestro alcance. Pero las cosas de Dios requieren constancia y espera paciente, ya que es Él quien tiene la iniciativa. La paciencia vigilante es una virtud fundamental del evangelizador, que se mantiene vigilante a la espera, sin abandonar la diligencia en el trabajo y sin la pretensión de marcar a Dios el ritmo de sus dones. Como ha dicho un eminente teólogo, hay que dejar a Dios ser Dios. Y un aspecto muy importante de la paciencia apostólica es el respeto al camino que han iniciado y recorrido las comunidades. Se comete un grave error cuando es la comunidad la que se tiene que adaptar a su responsable y el cambio de la persona que la preside se traduce en nuevos métodos y prioridades pastorales, que no proceden de la comunidad ni del Consejo Pastoral Parroquial y que no respetan el trabajo que se venía realizando.

## *4) La prioridad de la contemplación y de la oración.*

“El nuestro, ha dicho el Papa Juan Pablo II, es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil del ‘hacer por hacer’. Tenemos que resistir esta tentación, buscando ‘ser’ antes que ‘hacer’” (NMI 15). Pues evangelizar consiste en dar testimonio de lo que hemos visto y oído, de lo que ha sucedido en nuestra vida al acoger la llamada del Señor y llevar a la práctica su Palabra. Nuestro programa pastoral “se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia” (NMI 29). Con otras palabras, tenemos que descubrir que “la santidad es más que nunca una urgencia pastoral” (NMI 30).

## II. UN PROYECTO CENTRADO EN LA INICIACIÓN CRISTIANA

Como dije al principio, la Iniciación cristiana es un proceso complejo y consiste en “ayudar a que del seno de la Iglesia nazcan y crezcan nuevos hijos de Dios”, a que formemos creyentes que sean adultos en la fe y sepan vivir como tales en este momento histórico concreto. En este sentido, lo que venimos haciendo parece insuficiente, aunque haya producido frutos abundantes en el pasado. Por eso, deseamos encontrar y llevar a la práctica una forma diferente de preparar a los miembros de la comunidad cristiana.

El concepto de Iniciación cristiana es muy rico, porque alude a una formación global que permite a los creyentes conocer y aceptar lo específico de la fe cristiana en un contexto en el que se tiende a relativizar todos los credos; a adentrarse con el corazón y existencialmente en el espíritu de las Bienaventuranzas; a alimentar la fe que brota del bautismo, mediante la celebración comunitaria de la eucaristía; a mantenerse ante Dios en actitud de escucha y de alabanza; a dejarse guiar por el Espíritu, que nos descubre la llamada del Señor en los acontecimientos diarios y que nos invita a dar una respuesta evangélica; y a proclamar, con obras y con palabras, como miembros vivos del Pueblo de Dios, el Evangelio que nos salva.

No es mi propósito explicar de manera sistemática en qué consiste la Iniciación cristiana, pues tenemos ya una publicación realizada en la Diócesis que lleva por título “Proyecto Pastoral de Iniciación Cristiana”, y, en ella, se recogen de manera concisa y rigurosa las principales enseñanzas sobre el tema. Mi contribución pretende llamar la atención sobre aspectos concretos de cada componente de la Iniciación cristiana que me preocupa de manera especial, bien por su importancia bien por estar menos presente en nuestra pastoral ordinaria. Para ello, voy a partir de nuestra realidad y de las diversas situaciones en que estamos impartiendo catequesis.

Tenemos, en primer lugar, a los niños bautizados cuyos padres solicitan una formación cristiana que los lleve a la primera comunión, y la de aquellos adolescentes y jóvenes que están interesados en profundizar en su fe y recibir luego el sacramento de la Confirmación. A ellos tratan de dar respuesta los directorios y materiales que se han ido preparando y revisando durante los últimos años. Pero el bajo índice de perseverancia pone de manifiesto que tal vez no hemos sabido encontrar las claves adecuadas, como el compromiso cristiano de las familias, la inserción vital en la comunidad y una firmeza de fe adecuada a sus años y a su situación. Por eso, vamos a seguir trabajando a partir de cuanto ya tenemos, pero preguntándonos si la preparación que les ofrecemos es la adecuada y completándola con aspectos que nos brinda la Iniciación cristiana.

Tenemos, además, la situación del trabajo pastoral con los padres que se acercan a la Iglesia a pedir el Bautismo o la primera comunión para sus hijos. También aquí, en la oferta a los padres, se han dado algunos pasos importantes para que el interés inicial se convierta en un acicate que los lleve a reavivar su identidad católica. Hemos podido comprobar que a través de estos encuentros más o menos ocasionales con ellos, puede surgir la demanda de catequesis por parte de personas adultas que no tenían una fe seria y personalizada o la tenían como dormida. Y ahora pueden recibir también una catequesis adecuada, que se inspire en la Iniciación cristiana tal como la presenta la publicación diocesana sobre el tema.

Finalmente tenemos diversos movimientos apostólicos y de espiritualidad. Entre ellos, algunos están desarrollando una interesante pastoral misionera, ya que la mayoría de sus miembros proceden de esa masa de cristianos que sin haber rechazado a la Iglesia ni renegado de su fe, vivían en una situación de increencia práctica. Y aunque con diferentes métodos a los que siguen los "nuevos movimientos", también la Acción Católica y otros grupos intentan, por diferentes caminos, poner unos cimientos sólidos e impartir una formación evangélica integral. Cada uno a su modo, pretende desarrollar la Iniciación cristiana adecuada de sus miembros.

Nuestro propósito es ayudar a quien lo acepte a pasar de la increencia o de una fe adormecida a la fe viva en Jesucristo. De la fe viva en el Señor, a integrarse en la comunidad cristiana como miembros activos. De ahí, a vivir esta realidad comunitaria no sólo en el orden de lo doctrinal y del amor mutuo, sino con especial intensidad en la celebración de la Eucaristía y en la oración de la Iglesia. Finalmente, alimentados por la Eucaristía y por la Palabra de Dios, y sostenidos por el ejemplo de los demás, a hacerse presentes en la historia de cada día, con la fuerza transformadora del fermento y con la vitalidad del grano de mostaza.

## **2.1. La acogida y aceptación de la Palabra. Anuncio, catequesis, comprensión y confesión.**

“La fe viene de la predicación y la predicación, por la Palabra de Cristo”, dice San Pablo (Rm 10, 17). De ahí la importancia que dan las comunidades cristianas del Nuevo Testamento al Kerigma, a ese primer anuncio de la Palabra de Dios que se centra en la encarnación, la muerte y resurrección de Jesucristo. Porque la Palabra es fuerza de Dios para la salvación del que cree (Rm 1, 16), y no puede ser sustituida por ninguna enseñanza. El contacto asiduo con las Sagradas Escrituras, y en especial con los evangelios, es un camino privilegiado para conocer y amar a Jesucristo y para convertir en vida el Evangelio, ya que "los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra" (DV 11).

### *1) Hay que partir de la Palabra.*

Esta base bíblica nos recuerda que la Palabra de Dios, de la que algunos teólogos han dicho que tiene una eficacia casi sacramental, no puede ser sustituida por ninguna otra palabra o cuerpo de doctrina. “El que no conoce las Escrituras no conoce el poder de Dios ni su sabiduría; de ahí se sigue que ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo”, dice San Jerónimo. Esta convicción tiene algunas consecuencias importantes para la iniciación cristiana, pues recuerda la necesidad de facilitar la lectura, la comprensión y la meditación de la Palabra de Dios a todos los que se acercan a la Iglesia, incluidos los niños que se inscriben en la catequesis. Porque sólo Dios nos enseña quién es Dios y su Palabra sigue siendo viva y eficaz para todos los que se acercan a ella con curiosidad y en actitud de búsqueda (cf Hb 4, 12-13). En este sentido, hay que tener presente lo que enseña el Vaticano II, cuando dice que “la Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues, sobre todo en la Sagrada Liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios” (DV 21).

Sin el recurso continuo a la Palabra de Dios no existe verdadera iniciación en la fe. De ahí la importancia creciente de las Escuelas Bíblicas parroquiales; de recuperar entre los cristianos adultos la “Lectio divina”, que consiste en la lectura contemplativa de la Palabra de

Dios; de la difusión de libros con las lecturas de la misa de cada día; y de otras iniciativas variadas y sugerentes para acercar la Palabra de Dios a los niños y a los adultos.

### *2) Presentación doctrinal orgánica.*

Pero el complemento normal y necesario de la Palabra de Dios es la catequesis, que debe centrarse en la presentación y explicación del **Credo**. Ésta debe realizarse de forma adaptada a las diversas circunstancias, para que quienes se inician en el conocimiento de la fe cristiana alcancen una comprensión adecuada de aquello que creen y descubran en qué medida sus afirmaciones de fe les traen la salvación. Porque el Nuevo Testamento, a cuya luz hay que leer e interpretar el Antiguo, nació en la Iglesia que es el hogar de la Palabra, en la que ésta vive y fructifica de manera habitual. La misma Iglesia tiene la misión de interpretar de forma autorizada el sentido auténtico de la Palabra. Y los pronunciamientos solemnes de la Iglesia sobre Jesucristo, sobre Dios, sobre el hombre y sobre la salvación no son otra cosa que la explicitación de la Sagrada Escritura a la luz de las preguntas y necesidades de la comunidad cristiana. Para realizar esta misión que le ha sido encomendada por el Señor, cuenta con la ayuda del Espíritu Santo. Y tan nocivo como desconocer la Sagrada Escritura es no repartir la enseñanza oficial de la Iglesia a quien desea iniciarse en la fe; o contraponer a ambas, como si fueran elementos que se deben separar entre sí.

### *3) Las afirmaciones centrales de la fe.*

A la hora de plantear una catequesis de iniciación, es importante recordar lo que ha enseñado el Vaticano II. A saber, “que existe un orden o ‘jerarquía’ de las verdades de la doctrina católica, según su conexión con el fundamento de la fe cristiana” (UR 11). Siendo, pues, importantes todos los aspectos de la fe, en la etapa de la iniciación hay que centrarse en los cimientos del Evangelio, que están constituidos por la encarnación, la muerte y la resurrección de Jesucristo; por el don del Espíritu, Señor y Dador de vida, que transforma el corazón de los creyentes, los hace miembros del Pueblo de Dios y renueva sin cesar a la Iglesia; por la fe en la creación del mundo, que nos lleva a empezar nuestra confesión proclamando a Dios creador del cielo y de la tierra; por el hecho de que hemos sido redimidos por Jesucristo, que ha vencido al pecado y a la muerte; y por la esperanza en la resurrección futura y en la transformación final de nuestra historia.

Como contrapeso a una catequesis que se había centrado de manera preferente en los elementos doctrinales, se ha pasado a una situación en que se valora escasamente la doctrina. Y lo que era un impulso saludable, ha llevado a numerosos cristianos a vivir la fe como una actitud difusa de confianza en la Trascendencia, sin saber qué creen ni en quién confían. No es raro que las consultas sociológicas pongan de manifiesto el gran desconocimiento sobre fe y sobre moral por parte de personas que se consideran fieles practicantes. Más que un desacuerdo con las enseñanzas del Magisterio, que también se da en algunos casos, su problema consiste en que desconocen aspectos de la doctrina que nadie les enseñó, a pesar de que son fundamentales. Y no me refiero al recuerdo sólo memorístico de las fórmulas correctas, sino al conocimiento responsable y actualizado de las mismas, pues hay que tener la audacia de explicar la verdad de siempre y las fórmulas tradicionales mediante un lenguaje que sea exquisitamente fiel y, al mismo tiempo, comprensible para el hombre de hoy (cf GS 78).

## **2.2. La interiorización personal de las Bienaventuranzas y de sus consecuencias.**

De poco serviría conocer y confesar la verdad, si la persona que se inicia en la fe católica no aprende a conocer y a practicar las consecuencias morales que lleva consigo la fe en Jesucristo. El apóstol Santiago avisa de manera tajante que la fe, si no tiene obras, está realmente muerta” (St 2,17), y el mismo Jesús llama dichosos a los que, además de escuchar la Palabra de Dios, la llevan a la práctica (cf Mt 7, 21-27).

### *1) La espiritualidad de las Bienaventuranzas.*

De ahí que un elemento esencial de la vida de fe consista en conocer y llevar a la práctica los valores evangélicos. Además de los Diez Mandamientos, que constituyen el punto de partida, hay que animar al que se inicia en el Evangelio a situarse en el horizonte de las Bienaventuranzas. La meditación asidua de las palabras, los hechos y la vida entera de Jesús de Nazaret son el mejor punto de referencia para encontrar la respuesta adecuada a cada situación humana en la que nos encontremos luego. Pero es necesario que el cristiano descubra que su fe consiste también en revestirse de Jesucristo y configurarse con Él (cf Ga 3, 27), realizando la verdad en el amor (cf Ef 4, 15), y que si falta, en su vida, esta respuesta, es señal de que no ha acogido la llamada del Señor (cf Mt 21, 28-31).

### *2) Prioridades en la formación integral de la persona.*

Esta dimensión de la iniciación en la fe no consiste sólo en la enseñanza teórica de los valores evangélicos y de las exigencias morales que se derivan del seguimiento de Jesucristo. Se trata más bien de ayudar a la persona a conocerse y a empezar a caminar por sí misma. Es una tarea en la que entra en juego la mejor pedagogía, para que la persona analice y eduque sus sentimientos, fortalezca su voluntad y descubra la importancia del acompañamiento en su proceso creyente. Un acompañamiento que puede revestir formas diversas, pero que considero imprescindible para que el creyente progrese en su vida de fe y alcance la madurez necesaria.

Al abordar la iniciación en los valores del Reino, conviene tener en cuenta las prioridades que ha señalado Juan Pablo II. En un mundo crucificado por la pobreza y el abismo creciente que aleja a los pueblos pobres del disfrute de los bienes necesarios, el Papa nos alienta a “la práctica de un amor activo y concreto hacia cada ser humano”, pues “si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que Él mismo ha querido identificarse”, en el rostro de los empobrecidos (cf Mt 25, 31ss) (NMI 49). De ahí que nos diga: “Es la hora de una nueva ‘imaginación de la caridad’, que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre” (NMI 51).

### *3) Asumiendo los valores tradicionales y los nuevos.*

Junto a esta primacía de la caridad, y como un aspecto importante de la misma, conviene inculcar a los creyentes la importancia de valores tradicionales que son inseparables del Evangelio (cf EN 31), como la lucha por la justicia y la defensa de una paz justa, basada en el respeto de los derechos humanos (cf PIT, 60-65); y también de valores que vamos descubriendo, como la ecología y el uso de la ciencia según los principios éticos, que respetan la dignidad de la persona, y llevan a su desarrollo y al progreso de los pueblos (cf NMI, 51). Estos nuevos valores constituyen urgencias que desafían al cristiano a dar testimonio de su fe.

Además, gozan de notable aprobación, también por parte de personas que no se confiesan creyentes, por lo que no resulta especialmente difícil acogerlos con agrado. Pero la especial relevancia y urgencia de los mismos no debe hacernos olvidar aquellas actitudes evangélicas que gozan de menor aprobación en la cultura actual y constituyen, sin embargo, aspectos irrenunciables de la existencia cristiana. Me refiero a la pobreza, la humildad, la austeridad y la mortificación de las apetencias sensuales.

### *4) Con los sentimientos de Jesucristo.*

Además de la razón, mediante la cual se descubre y analiza la belleza intrínseca de los valores evangélicos; y de la voluntad, que permite a la persona ser dueña de sí y de sus impulsos para adherirse con firmeza a lo que descubre como su verdadero bien, el creyente ha de prestar atención a la educación de su emotividad y al control posible de la misma. San Pablo invitaba a los fieles de Filipos a tener los sentimientos de Jesucristo (Cf Fl 2, 5) y, en su carta a los Gálatas, presenta a los sentimientos básicos del hombre como frutos del Espíritu Santo (cf Ga 5, 22-23). También la pedagogía actual insiste en el notable papel que desempeñan los sentimientos en la vida de la persona y en la necesidad de fomentarlos, especialmente los sentimientos positivos.

De ahí la importancia de emplear la narración, la imagen, el canto, los símbolos, los ritos y todas aquellas experiencias comunitarias de fe que lleguen al núcleo más hondo de la persona: al corazón. Es una de las grandes intuiciones de los catecumenados que se desarrollan actualmente en comunidad.

## **2.3. El sentido de la celebración litúrgica y su asimilación.**

Se advierte entre nosotros una importante decadencia de la fuerza expresiva de las celebraciones litúrgicas. En parte, porque el deseo bien intencionado de hacerlas más cercanas ha llevado a restarles la solemnidad y la belleza que nos pueden servir de trampolín hacia el Misterio. Tal vez hemos olvidado que los ritos pertenecen a la esencia misma del hombre, como se echa de ver en acontecimientos de la vida ordinaria, que han recuperado sus ritos y sus símbolos con el fin de hablar a la totalidad de la persona. Tomemos como ejemplos el congreso de un sindicato, la entrega de los títulos en la universidad o la celebración de un acontecimiento deportivo de relieve. En todos ellos podemos observar que la persona necesita un lenguaje integral y símbolos que provoquen en los asistentes sentimientos de implicación y de integración.

### *1) El sentido teológico de la Liturgia.*

Por otra parte, numerosos cristianos carecen de una comprensión seria del sentido y del espíritu de la liturgia. Desconocen que en ella “se ejerce la obra de nuestra redención” (SC 1), y que “la liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza” (SC 10). Deudores de la centralidad absoluta del hombre que domina nuestra cultura, olvidamos que el Evangelio no es una propuesta ética que deja en nuestras manos y en nuestras obras la salvación del mundo, sino la Buena Noticia de que Dios nos ama y nos salva por la fe.

Para algunos, la Eucaristía del domingo es la fiesta en la que la mesa compartida crea comunidad y sostiene las esperanzas por un mundo más justo y más humano. Pero no ponen de relieve que “es la Pascua de la semana, en la que se celebra la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte, la realización en Él de la primera creación y el inicio de la ‘creación nueva’. Es el día de la evocación adoradora y agradecida del primer día del mundo y, a la vez, la prefiguración, en la esperanza activa, del ‘último día’, cuando Cristo vendrá en su gloria” (DD 1).

Una iniciación cristiana básica exige cuidar también esta dimensión litúrgica de las personas que tratan de adentrarse en la fe. Empezando por desvelarles el sentido de la liturgia en general, como puente que nos adentra en el Misterio a partir de símbolos y ritos tomados de la vida cotidiana. Aunque su lenguaje simbólico no tiene la precisión conceptual de la palabra, nos permite vislumbrar esa Trascendencia amiga que nos ama y que nos envuelve en medio de la vida cotidiana. Dicho con otras palabras, nos introduce en el sentido inabarcable de palabras como Dios, Providencia, Salvación y Vida Eterna. De ahí la importancia de su belleza y de la capacidad evocadora de sus ritos.

### *2) Los sacramentos, fuente de la santidad.*

Por lo pronto, conviene recalcar que la santidad cristiana básica nos llega mediante los sacramentos. Dicha santidad es un don y no consiste en nuestra respuesta agradecida de amor a Dios y al hombre, sino en el amor que Dios derrama en el corazón de sus hijos por el Espíritu Santo. Con palabras del Vaticano II, “mediante el bautismo, los hombres se insertan en el misterio pascual de Cristo; mueren con Él, son sepultados con Él y resucitan con Él; reciben el espíritu de adopción de hijos, en el que clamamos Abba, Padre; y así se convierten en los verdaderos adoradores que busca el Padre” (SC 6). “La renovación de la alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a fieles al urgente amor de Cristo. Por consiguiente, de la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros, como de una fuente, la gracia y con la máxima eficacia se obtiene la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios, a la que tienden todas las demás obras de la Iglesia como a su fin” (SC 9).

Es verdad que la mayoría de nuestros fieles reciben el bautismo en la infancia y no siempre perciben la Confirmación y la Eucaristía como la plenitud de la existencia cristiana. Precisamente por ello, tenemos que buscar los medios necesarios para ahondar en el espíritu de la liturgia y para actualizar el dinamismo bautismal que habita en ellos. Comprendo que no es cometido fácil, pero vale la pena emplear en él nuestros mejores esfuerzos.

### *3) El sacramento de la penitencia.*

En este proceso, está llamado a desempeñar un importante papel el sacramento de la penitencia, aunque él mismo no pertenezca a la Iniciación cristiana. Nos permite, sin embargo, recuperar la gracia bautismal que hemos dilapidado por el pecado personal grave. Pero vemos que numerosos creyentes sinceros tienen dificultades para captar el sentido de este sacramento y para acercarse a él. El Sínodo que estudió la situación actual de la Iglesia nos ofreció importantes sugerencias que no hemos sabido llevar a la práctica. Pero estamos a tiempo y la actitud que debemos adoptar no es la de pasividad ante las dificultades presentes, sino la que pide el Papa, cuando invita a “una renovada valentía pastoral, para que la pedagogía cotidiana de la comunidad cristiana sepa proponer de manera convincente y eficaz la práctica del sacramento de la reconciliación” (NMI 37). Y nos recuerda algunos aspectos de la celebración del Sacramento de la Penitencia en su reciente Carta Apostólica "Misericordia Dei".

### *4) Elementos para el desarrollo de la espiritualidad litúrgica.*

El elemento más importante para que la persona se integre en las celebraciones de la liturgia es que haya una comunidad viva y participativa, que las prepara con esmero y las celebra con gozo evangélico. Cuando falta la comunidad cristiana y las personas que participan no se ven a sí mismas, a través de los cantos y de las respuestas comprometidas, como miembros vivos de un "nosotros", decaen la atención y el interés de cada uno, que se siente aislado entre los demás por muy numerosa que sea la asistencia.

Otro de los elementos básicos es la belleza y delicadeza de los símbolos que se realizan, el conocimiento de los mismos y el ritmo armonioso que se sigue. En el caso de la Liturgia cristiana, la sencillez no debe hacernos olvidar que Jesús celebró la Cena Pascual en el seno de una liturgia judía muy cuidada, hasta en sus mínimos detalles, y que tuvo interés en procurarse una sala adecuada y bien aderezada para el caso. Si los creyentes que asisten de manera asidua a la misa desconocen el sentido de algunos ritos y si no logran integrar en la celebración esos aspectos tan cotidianos de su vida como son la gratitud, la alabanza llena de admiración, la necesidad de ayuda, el perdón y la ofrenda de sus alegrías y de sus penas, es señal de que algo está fallando. Al no tener una visión pormenorizada de los diversos elementos y de cada una de las partes de la Eucaristía, no consiguen llevar su existencia entera a la misa que celebran ni convertir su vida en una ofrenda existencial al Señor.

Finalmente, el Año Litúrgico nos ofrece la posibilidad de impartir una educación litúrgica profunda y de reavivar nuestro bautismo, especialmente aprovechando la gran riqueza de lecturas a lo largo de la Cuaresma y de la Pascua.

## **2.4. El descubrimiento de la oración y la práctica de la misma.**

Tras insistir en que la santidad es la perspectiva en que debe situarse siempre la tarea pastoral del cristiano y que necesitamos “una pedagogía de la santidad”, Juan Pablo II afirma: “Para esta pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración. (...) Pero sabemos bien que rezar no es algo que pueda darse por supuesto. Es preciso aprender a orar, como aprendieron de nuevo este arte de los labios mismos del divino Maestro los primeros discípulos” (NMI 32).

### *1) La oración y su aprendizaje.*

El estudio de las religiones nos ha puesto en evidencia que la oración es la primera manifestación y la más honda que provoca la experiencia del Misterio en el ser humano. Es la respuesta habitual de los creyentes al encuentro con Dios; respuesta que se realiza bajo la forma de alabanza, de gratitud, de petición de perdón y de petición de ayuda. Por eso podemos afirmar que donde cesa la oración, la actitud religiosa desaparece. Y es natural pues todo el que cree en Dios desea comunicarse con Él.

Esta tendencia espontánea se ha visto enriquecida por los testimonios y las enseñanzas de los grandes orantes y requiere un aprendizaje, porque no vivimos en una cultura como la de antaño, en la que orar era un componente normal de la vida, ya que se rezaba en casi todos los hogares y no se concebía la fiesta sin oración comunitaria. Era una cultura en la que también ocupaban un lugar importante actitudes como la escucha, el silencio y la contemplación. Pero nosotros vivimos en la cultura secularizada de las prisas, del pragmatismo y de la sospecha. Y no son pocos los creyentes que se preguntan si la oración tiene un sentido o es una especie de monólogo engañoso con las propias sensaciones. Deslumbrados por las Bienaventuranzas y por el amor de Jesús a los pobres, algunos cristianos opinan que el Evangelio consiste en el compromiso ético con los demás y olvidan que Jesús se nos manifiesta en los relatos evangélicos como un hombre de oración, que se pasaba las noches enteras dialogando con su Padre. Sobre todo, cuando tenía que tomar decisiones graves como la elección de los Apóstoles, la fidelidad al mesianismo del Siervo sufriente, el anuncio de su pasión y la aceptación libre de la cruz.

De ahí la importancia de enseñar al creyente a rezar y de iniciarle en la práctica de la oración. Necesita descubrir en qué consiste orar y conocer los diversos caminos de oración, el sentido de esta práctica, la manera de afrontar las dificultades que se pueden presentar y cómo se diferencia la oración de sus posibles falsificaciones. Además de la oración litúrgica, que tiene su cumbre en la Eucaristía, el hombre tiene necesidad de la oración personal, que le permite escuchar la voz de Dios, discernir su llamada a través de los acontecimientos cotidianos y encontrar la fuerza necesaria para amar y servir a los demás.

Y aunque el verdadero Maestro de oración es el Espíritu, que ora en nosotros con gemidos inefables (Ga 4,6), necesitamos también aprender a orar en la escuela de los grandes orantes cristianos. Los seguidores de Jesucristo tenemos en Él un ejemplo formidable y una manera propia de dirigirnos a Dios, pues tenemos que orar en Cristo, por Cristo y con Cristo (cf Jn 15 y 17); en su nombre (cf Jn 15, 16), pero necesitamos adentrarnos en la práctica. Por consiguiente no es suficiente conocer las diversas formas de oración y a dominar las técnicas que se han revelado útiles, sino que es necesario ese aprendizaje personal que se traduce en el hábito de oración.

## *2) La oración nos lleva a la acción.*

En lugar de alejarnos de la vida real, la oración cristiana nos acerca a las situaciones concretas con la mirada de la fe. Por eso nos permite situarnos de una manera más profunda y absolutamente original ante los hechos sociales. Es una oración que parte de la vida tal como es, la contempla y la analiza a la luz de la Palabra, y percibe en ella la llamada de Dios a ponernos en camino. Cada página del Evangelio es una invitación de Jesús a mirar la vida con los ojos de la fe y a dar la respuesta adecuada. Una torre que se derrumba y provoca algunas muertes, los invitados a un banquete que buscan el primer puesto, una muchedumbre que le sigue y está hambrienta a la caída de la tarde y hasta el germinar de las flores y el canto de los pájaros le sirven para invitar a sus oyentes a que descubran la presencia y la llamada de Dios y den la respuesta que está esperando del hombre.

## *3) Hay que descubrir las huellas de Dios también en el mundo de la ciencia y de la técnica.*

Precisamente porque no resulta fácil descubrir las huellas de Dios en este mundo secularizado, en el que todo nos habla del hombre y de su iniciativa, necesitamos que alguien nos enseñe a escuchar el rumor de sus pasos por la cultura moderna y cuáles son los frutos que podemos esperar de la oración. A primera vista, ya no necesitamos orar, porque hemos aprendido a resolver nuestros asuntos con bastante eficacia.

Pero es ahí donde surge el sentido más hondo de la oración cristiana: en la constatación de que tenemos de todo en abundancia, de que hemos transformado el mundo y, sin embargo, carecemos de metas y de fines. La oración nos ayuda a recuperar la profundidad de la existencia humana y a desentrañar el misterio del hombre, porque nos abre un horizonte de sentido y nos da la fuerza necesaria para acoger el Reino de Dios que se nos ha dado en Jesucristo.

## **2.5. El discernimiento de la voz de Dios y la respuesta creyente.**

En alguna ocasión, Jesús recriminó a sus oyentes porque no sabían discernir los signos de los tiempos (cf Lc 9, 54-56). El Vaticano II se sirvió de esta expresión evangélica para referirse a los acontecimientos históricos en los que los creyentes podemos detectar la llamada divina y una invitación a dar respuestas evangélicas que cambien las situaciones de pecado en caminos de vida (cf GS 4,9; PO 9). Pero si no sabemos realizar un discernimiento evangélico certero, es imposible nuestra respuesta evangélica y nuestra contribución a la historia.

### *1) Hay que mirar el mundo a la luz de la fe.*

Algunos movimientos apostólicos han desarrollado una pedagogía activa del arte de discernir mediante el método que llaman revisión de vida. Intentan conocer con rigor y hondura los hechos, sus causas y sus consecuencias. Pero no se conforman con una mirada simple o interesada, desde el punto de vista de la eficacia y de los intereses económicos o de otro tipo, sino que tratan de buscar luz en el Evangelio para encontrar el punto de vista cristiano. Es decir, intentan mirar la realidad con los ojos de Jesucristo para hacer un juicio de valor y hallar la respuesta evangélica oportuna.

Esta práctica, avalada por una larga experiencia, transforma simultáneamente el corazón de la persona y sus actitudes más profundas, para que ésta cambie lo que es una historia de pecado en una historia de salvación. Pues como dice el Vaticano II, “solamente con la luz de la fe y la meditación de la Palabra de Dios es posible reconocer siempre y en todo lugar a Dios, en quien ‘vivimos, nos movemos y existimos’; buscar su voluntad en todos los acontecimientos, ver a Cristo en todos los hombres, tanto cercanos como extraños; juzgar rectamente sobre la verdadera significación y el valor de las realidades temporales, consideradas en sí mismas y en orden al fin del hombre” (AA 4). Todo ello, para “la renovación del orden temporal”, al que hay que “impregnar con el espíritu evangélico” (AA 5). Es necesario, pues, que los laicos “asuman como obligación suya propia la instauración del orden temporal y que actúen en él de una manera directa y concreta, guiados por la luz del Evangelio y el pensamiento de la Iglesia y movidos por el amor cristiano” (AA 7).

### *2) La doctrina social de la Iglesia.*

Esta misión se puede desarrollar de forma individual, a través del compromiso personal en el trabajo, en la vida de familia y en diferentes plataformas civiles, y también de manera asociada. En ambos casos se requiere el hábito del discernimiento evangélico y un buen conocimiento de la doctrina social de la Iglesia. Esta enseñanza es una aplicación del Evangelio, que permita a los cristianos hacerse un juicio correcto ante los acontecimientos y las circunstancias del mundo contemporáneo. Pues, con palabras de Juan Pablo II, “es notorio el esfuerzo que el Magisterio eclesial ha realizado, sobre todo en el siglo XX, para interpretar la realidad social a la luz del Evangelio y ofrecer de modo cada vez más puntual y orgánico su propia contribución a la solución de la cuestión social, que ha llegado ya a ser una cuestión planetaria. Esta vertiente ético-social se propone como una dimensión imprescindible del Evangelio. Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad, con la lógica de la Encarnación y, en definitiva, con la misma tensión escatológica del cristianismo” (NMI 52).

### *3) La presencia de los cristianos en el mundo.*

Incluir esta dimensión de la fe en la Iniciación cristiana significa entender que “el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la tarea de la construcción del mundo ni les impulsa a despreocuparse del bien de sus semejantes, sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber” (GS 34). Más que una consecuencia de la misión evangelizadora de la Iglesia es un aspecto integrante de la misma, ya que el anuncio del Evangelio se realiza, como la revelación divina, con la palabra y con el lenguaje de los hechos (cf DV 2).

La democracia liberal pretende que la religión es una amenaza para la libertad y trata de erradicar de la vida pública todo testimonio religioso. Según esta ideología, la fe en Dios es un asunto puramente privado, sin ninguna base intelectual seria y, como tal, ha de ser desterrado de la vida pública. Este “desalojo de Dios” ha traído consigo una pérdida grave de humanidad, pues como ha dicho Juan Pablo II en diferentes ocasiones, la muerte de Dios es la muerte del hombre (cf EV 8, 21-24). De ahí la importancia de la presencia cristiana en la universidad, en el campo de la investigación, en la vida sindical y económica, en la vida política y en todo tipo de asociaciones ciudadanas.

## 2.6. La inserción en la comunidad cristiana.

Al presentar a la Iglesia como Pueblo de Dios, el Concilio Vaticano II ofreció los fundamentos bíblicos y teológicos del carácter comunitario de la fe, que se debe vivir como una comunión de vida, de esperanza y de amor. Por eso nos recuerda que Dios “quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa” (LG 9).

### *1) Se ha progresado en la vivencia comunitaria de la fe cristiana.*

Este carácter comunitario de la fe se concreta en la confesión del mismo **Credo**, en la celebración de los mismos sacramentos y en la práctica de la misma caridad. Pero la cultura actual, con su exaltación exacerbada del subjetivismo y el individualismo, amenaza con provocar una ruptura de la comunión eclesial en materia de fe y de moral. Pero no me refiero al pluralismo en las cuestiones opinables, que es una riqueza y fuente de renovación, sino al rechazo de cuestiones sobre las que la Iglesia ha tomado ya decisiones irrevocables.

Aún así, debemos reconocer que, a raíz del Concilio Vaticano II, que ha tenido el acierto de presentar a la Iglesia como una comunión de personas, se ha progresado de manera significativa en la dimensión comunitaria de la fe. Entre otros aspectos, deseo subrayar la conciencia y la práctica de la corresponsabilidad en la comunidad cristiana, el desarrollo de los ministerios laicales, la presentación de la Iglesia como Comunión y Pueblo de Dios y el carácter comunitario de las celebraciones litúrgicas. También es una riqueza la multiplicidad de carismas y de grupos que hay en nuestra Iglesia diocesana y el hecho de que tratemos de trabajar pastoralmente en comunión, en torno a un Proyecto Pastoral que no disperse los esfuerzos por hacer presente a Dios en nuestro mundo.

### *2) Hay que fomentar los organismos de participación y comunión.*

Sin embargo, creo que se ha avanzado más en la teoría que en la práctica. Depende de todos alentar esa educación comunitaria de la vida cristiana que, sin reprimir la variedad y la riqueza de los dones del Espíritu, permita seguir profundizando en la dimensión comunitaria de nuestra existencia creyente.

El soporte necesario para que las convicciones se transformen en realidades es la presencia de comunidades cristianas vivas. Y esto depende, en medida notable, del buen funcionamiento de los diversos organismos parroquiales de programación, de gestión y de revisión. Pienso en el Consejo Pastoral Parroquial, en el Consejo de Economía, en grupos estructurados y activos de Catequistas, de Cáritas, de responsables de Liturgia, de Pastoral de la Salud y de los movimientos apostólicos presentes en la parroquia. Aunque puede parecer un sueño el deseo de que todas las personas pertenecientes a una parroquia constituyan una comunidad cristiana, no es imposible crear y desarrollar un sólido dinamismo comunitario, a partir de los diversos sectores y grupos, que convierten el conjunto parroquial en una comunidad de comunidades.

Pero sabiendo que, también en este aspecto, el elemento decisivo es la comunión de vida con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu, que brota del bautismo y se alimenta en la celebración de la Eucaristía. Pues el hombre es imagen de Dios y semejante a Él en la medida en que imita la comunión trinitaria; esa Comunión en la que cada una de las tres Personas Divinas necesita de las otras para ser ella misma. De igual modo, los humanos sólo somos personas auténticas cuando, alentados por la comunión con Dios, desarrollamos unas relaciones amorosas correctas con los otros. Es lo que también nos enseña San Pablo con la imagen del Cuerpo Místico: somos verdaderos seguidores del Señor cuando nos comportamos como miembros del Cuerpo de Cristo y vivimos en una relación de amor y de servicio con los demás (cf 1Co 12, 12-19).

### III. LOS ÁMBITOS DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

Nuestro Proyecto Pastoral Diocesano quiere ser un camino compartido por todas las parroquias y comunidades, para llevar a cabo la evangelización a lo largo de los años venideros. En su intento de ser un instrumento práctico y eficaz, propone para este curso centrar todos los esfuerzos en tres campos muy concretos: la catequesis de Iniciación cristiana, la juventud y la familia. A ellos me voy a ceñir, para decir algunas palabras sobre la Iniciación cristiana en cada uno de estos ámbitos. No pretendo añadir nuevos elementos a cuanto exponen con claridad y notable competencia los materiales que se han elaborado y publicado en apoyo del Proyecto Pastoral Diocesano. Mi intención es subrayar y resaltar algunos aspectos que considero particularmente necesarios para nuestra Iglesia.

#### 3.1. Hacia una profunda renovación de nuestra tarea catequética

Como no podía ser menos en una Iglesia Local que ha tenido por Obispo y por maestro al excelente catequista que es el Beato Manuel González, la Diócesis de Málaga ha realizado esfuerzos muy notables antes y después del Vaticano II. Cuando he visitado las parroquias, he observado que contamos con un importante número de catequistas preparados y generosos y que la catequesis a diferentes niveles suele estar muy bien organizada y arraigada en las parroquias. Tanto la que se imparte a los niños que desean recibir la primera comunión, como la que se imparte a sus padres y la que denominamos de perseverancia.

Aunque en medida notablemente inferior, también hay parroquias que ofrecen una catequesis de calidad a los adolescentes. Y está cobrando mucha fuerza y vitalidad entre nosotros la catequesis de adultos. Aparte de los grupos apostólicos que la imparten a sus miembros, también en las parroquias o fuera de ellas, va en aumento también esta catequesis. La publicación diocesana "*Proyecto de pastoral de Iniciación Cristiana*" da puntos de vista, que considero muy atinados, sobre lugares, objetivos, condiciones y criterios de esta experiencia y sus posibilidades. Por mi parte, os ofrezco a continuación algunos puntos de vista muy concretos sobre la Iniciación cristiana, que me preocupan de una manera especial. Se refieren tanto a los niños como a los adolescentes y a los adultos, y son los siguientes.

##### *1) El papel fundamental del catequista.*

Soy consciente de que "los Obispos son los primeros responsables de la catequesis, los catequistas por excelencia" (DGC 223) y de que los sacerdotes comparten con el Obispo esta misión, pues "la función propia del presbítero en la tarea catequizadora brota del sacramento del Orden que ha recibido" (DGC 224). Por consiguiente, tanto el Obispo como el sacerdote han de estar siempre muy cerca de los catequistas seculares, alentando su formación permanente integral, su capacitación técnica y su vida de fe. Uno de los servicios más valiosos que el sacerdote puede prestar a su comunidad es la formación de un equipo de catequistas que unan al deseo de ser santos, una síntesis clara de la fe que profesan y van a transmitir y una inquietud permanente por renovar el modo de hacerlo. Y ello requiere programas bien estructurados y métodos de trabajo adecuados a la situación del grupo. No siempre serán posibles en el ámbito parroquial y, por eso, tenemos que acostumbrarnos a trabajar teniendo en cuenta el arciprestazgo.

El elemento más decisivo de la catequesis consiste, a mi entender, en que el catequista sea un buen cristiano: un testigo cercano y veraz, que ame la Iglesia, tenga clara su identidad cristiana, manifieste con toda su vida la alegría y la gratitud de ser un seguidor de Jesucristo y participe en las celebraciones litúrgicas. Especialmente cuando se educa en la fe a los adolescentes y a los niños, los sentimientos y actitudes que el catequista transmite y contagia revisten una importancia especial. Y es preferible que no se imparta ninguna catequesis a turbar el corazón de quienes la reciben con dudas, con una escasa o nula valoración de las celebraciones litúrgicas, con una presentación falsa o ambigua de las verdades de la fe, con sentimientos negativos frente a la Iglesia, con frialdad o indiferencia ante la eucaristía del domingo, con nula sensibilidad relativa a los problemas de la justicia y de la paz, con actitudes mentales cerradas en relación con el amor al mundo y con cualquier tipo de intransigencia y de falsas seguridades. Todos sabemos que es más fácil lograr frutos de un terreno virgen que de un terreno que han arrasado las tormentas.

En su proceso de formación permanente, los catequistas deben preguntarse con honestidad si intentan vivir ellos mismos el Evangelio y qué mensaje transmiten con su vida diaria. No basta con ser un buen pedagogo y una buena persona, hay que tener muy clara la propia identidad cristiana y la pertenencia eclesial. Aunque no seamos santos, es importante que todos tengamos un deseo ardiente de serlo, porque entonces Dios pone lo demás.

## *2) La educación en los valores del Reino.*

Hace algunos años, estuvo de moda la educación permisiva de los niños y adolescentes. Para no traumatizarlos ni reprimirlos, se invitaba a que fueran ellos mismos quienes, de manera espontánea, descubrieran los valores y los hicieran suyos. Era un objetivo noble en sí, pero que no tenía en cuenta que los seres humanos no viven ni se desarrollan en un clima aséptico. A través de la radio, la televisión, el cine, la prensa y otros medios, el ser humano está recibiendo continuamente mensajes más o menos interesados. Por eso ha fracasado la educación permisiva. En la actualidad, se ve nuevamente la conveniencia de proponerles aquellos valores que se consideran importantes para su vida y para la convivencia humana.

Desde el punto de vista de la iniciación en la fe, la propuesta de los valores del Reino se debe iniciar en la primera infancia, en el seno de la familia y se debe continuar en las diferentes etapas de la catequesis. No es una tarea fácil, ya que hoy los valores evangélicos no están vigentes en nuestra sociedad. Sin embargo, en el caso de los niños y adolescentes, su gran receptividad nos invita a proponerles ese núcleo de valores que constituyen el espíritu de las Bienaventuranzas. Pienso básicamente en la bondad, en la mansedumbre, en la limpieza de corazón, en la sinceridad, en la grandeza de alma y en el amor a todos sin discriminación. Junto a ellos, esos nuevos valores que hunden sus raíces en la Biblia y gozan también de cierta aceptación social. Entre ellos, el sentido de la justicia, el amor a la naturaleza, la lealtad y la cercanía a los débiles y marginados.

Cuando se trabaja con adultos, estos valores exigen una presentación dialogada, pero no se deben dar por sabidos. La experiencia personal puede haber provocado una actitud de duda o desencanto frente al espíritu de las Bienaventuranzas, y un aspecto de la educación de la fe en el caso de los adultos consiste en asumir el realismo sin perder la fe en la fuerza transformadora del Espíritu Santo, que nos hace pasar de la muerte a la vida. Y como dice la publicación diocesana sobre el tema, “la catequesis de adultos ha de tener muy en cuenta las experiencias vividas, los condicionamientos y desafíos que tales adultos encuentran, así como sus múltiples interrogantes y necesidades respecto a la fe. En consecuencia, cabe distinguir entre: adultos creyentes, adultos bautizados que no recibieron una catequesis adecuada; o no han completado su iniciación cristiana o que se han alejado de la fe y adultos no bautizados que necesitan, en sentido propio, un verdadero catecumenado” (*Proyecto Pastoral de Iniciación Cristiana*, pg 106).

Además de la presentación motivada de los mismos, estos valores requieren unos hábitos que no son fáciles de adquirir. Si la primera infancia es el momento oportuno para proponerlos y lograr su aceptación, la adolescencia y la juventud son la etapa en la que hay que desarrollar y fortalecer la voluntad, para que no queden en simple teoría. Y por muchos años que se tengan, en el caso de los adultos, nunca es tarde para iniciar un plan de vida que lleve a la conversión. De nada serviría una enseñanza teórica de la fe, si luego no se promueve la práctica de una vida verdaderamente evangélica.

### *3) La iniciación en la vida litúrgica.*

Un niño que no ha recibido aún la primera comunión no tiene por qué participar cada domingo en la celebración de la misa. Aun así, es importante que se habitúe a las celebraciones litúrgicas. Para ello, conviene que se organicen diversas celebraciones para momentos claves del proceso. Celebraciones que debe compartir en alguna medida la comunidad parroquial. La manera de realizar dichas celebraciones tiene que transmitir el mensaje de que la primera comunión no es un asunto de los niños y de su familia, sino algo que afecta a toda la parroquia.

Durante el primer año, estas celebraciones no tienen por qué ser la Eucaristía completa, pero sí que deben tener el necesario relieve para poner de manifiesto que las celebraciones son un elemento básico del proceso que han iniciado, algo que deben ir asumiendo, porque será parte de su vida cuando hayan celebrado la fiesta de la primera comunión. A lo largo de todo el proceso, además de recibir una explicación apropiada de las partes y símbolos de la Eucaristía, hay que empezar a acostumarlos a celebrarla los domingos, de manera que esta práctica empiece a ser habitual en el tercer año. Y tiene gran valor el ejemplo y la presencia de los catequistas en la Eucaristía. Cuando los niños no los ven en la misa del domingo, tratándose de personas que viven en el entorno parroquial, reciben un mensaje negativo sobre la importancia de las celebraciones.

En el caso de los jóvenes y de los adultos, la celebración tiene una importancia más decisiva. Actualmente se corre el riesgo cierto de reducir el Evangelio a una ética que tiene como base el amor a los demás, y de manera especial el compromiso con los marginados y con los empobrecidos. Pero esta presentación, que suele estar extendida en algunos ambientes cristianos, no sólo olvida “la primacía de la gracia” en la que nos insiste con tanto vigor Juan Pablo II (cf NMI 38). La tibieza en la vida litúrgica es signo de que no se ha aceptado vitalmente la dimensión más honda del Misterio de Jesucristo muerto y resucitado. De ahí la importancia de introducir al creyente de forma progresiva en esta dimensión de su fe y el hábito de la oración litúrgica.

Si se descuida la formación progresiva de este hábito, no se ha entendido qué es la Iniciación cristiana y se convierte la catequesis en una simple instrucción, o en un entretenimiento sin hondura. Comprendo que plantear así las cosas puede inducir a algunos padres a retirar a sus hijos de la catequesis e incluso habrá niños que se alejen de ella, pero es un riesgo que hay que correr si no queremos que la educación en la fe que impartimos se convierta en algo banal.

#### *4) La importancia de crear vínculos.*

La perseverancia de los niños después de la primera comunión depende de ellos y también de las familias. Hay que poner todos los medios que se consideren oportunos para garantizarla en cuanto dependa de nosotros, pero hay que aceptar sin angustia la realidad que tenemos. Por eso, no considero que sea el camino más acertado endurecer las condiciones requeridas para recibir la primera comunión.

Sin embargo, es posible que pueda influir de forma positiva la experiencia grata de las catequesis recibidas y el cariño a la parroquia que se logre transmitir a los niños y a los padres. En la medida en que se encuentren a gusto y se sientan implicados en la vida de la parroquia, se irán identificando con la comunidad cristiana. Hoy no es fácil que nadie acepte desempeñar un papel meramente pasivo, donde no tenga oportunidad de hacer algo en favor de los otros.

También los cantos, los signos y la experiencia de encuentro que se vive en las celebraciones bien preparadas y participadas contribuyen a crear lazos fraternos. Hay padres y madres que tienen una buena formación cristiana y han vivido la fe en otros tiempos con cierta hondura, pero diversas circunstancias los pueden haber llevado a caer en una apatía espiritual. Sin embargo, son muy sensibles a una palabra oportuna, a una experiencia fuerte de oración en el camino educativo de sus hijos, a una petición de ayuda y a otros signos de que se los valora y se los trata con afecto. Y el más elocuente para los padres consiste en advertir que sus hijos se han encariñado con el catequista, con el sacerdote y con su parroquia en general. Si no se llega al corazón de las personas, no resulta fácil que se integren en la comunidad y se sientan identificadas con la misma.

Cuando analizamos quiénes son los niños que se inscriben en catequesis de perseverancia, podemos ver que generalmente se trata de aquellos que habían logrado desarrollar mejores lazos afectivos.

Con los adultos, esta inserción en la parroquia parece más fácil de conseguir. De manera especial, cuando se los va implicando progresivamente en los servicios de la parroquia. Nos enseña la experiencia que la persona se integra mejor cuando se percibe como protagonista de los objetivos del grupo. Sin embargo, en algunos catecumenados de adultos, el riesgo consiste en que haya pequeñas comunidades que se aíslan de la vida parroquial por considerar que no responden satisfactoriamente a sus necesidades. Sin olvidar que la parroquia está llamada a ser una “comunidad de comunidades”, todo lo que contribuya a profundizar en la comunión, el diálogo y en la colaboración tiene que tener cierta primacía.

### **3.2. La Iniciación cristiana en la pastoral de juventud**

La atención prioritaria a la pastoral de juventud es una forma de afirmar que los jóvenes constituyen nuestra mejor riqueza. Y ellos mismos han preparado un libro en el que desarrollan con gran tino los objetivos, las opciones pastorales, el proceso y los rasgos distintivos que deben caracterizar la pastoral juvenil aquí y ahora. Considero que el “*Proyecto Diocesano de Pastoral de Juventud*” es una obra de lectura obligada y de estudio para los responsables de las comunidades cristianas de la Diócesis. Además de ser ameno, es muy rico en sugerencias.

Nunca ha sido fácil el trabajo pastoral con los miembros de la Iglesia que están en esta etapa de su vida. El ejemplo de Santa Mónica, que retrasó el bautismo de su hijo Agustín, es un testimonio elocuente de la complejidad que reviste evangelizar a los jóvenes. Sin embargo, como dice Juan Pablo II, “los jóvenes son la esperanza del mundo y la alegría de la Iglesia”, por lo que la complejidad y la dificultad no deben llevarnos a descuidar este interesante campo de la misión. Aunque los mismos jóvenes no siempre lo vean así, durante los años de la adolescencia y de la juventud la persona necesita una atención y cercanía especial por parte de los miembros de la comunidad cristiana.

Entre nosotros se está produciendo el fenómeno preocupante y doloroso de que la mayoría de los jóvenes mayores de dieciséis años no aparecen por la parroquia y, por consiguiente, no están en la Eucaristía ni en la catequesis, ni en nuestros movimientos juveniles. Posiblemente no hemos sabido o podido sacar rendimiento a las catequesis juveniles que desembocan en la Confirmación. El material que se ha preparado dentro de la Provincia Eclesiástica, inspirado en el modelo de la Iniciación cristiana, encierra posibilidades que parecen muy sugerentes y atractivas.

Es verdad que en la Diócesis se está realizando un trabajo interesante, con hallazgos muy valiosos en el campo vocacional y en asociaciones de vida cristiana que han salido más allá de los límites de nuestra Iglesia diocesana y ahora están dando sus frutos. Sin pretensión de aportar soluciones nuevas a un trabajo pastoral tan complejo, sobre el que se ha reflexionado en los diversos Consejos, deseo aportar también por mi parte sugerencias que considero pertinentes.

### *1) Una etapa de la vida especialmente receptiva.*

La llegada de la adolescencia está acompañada por un deseo profundo de vivir con independencia y de disfrutar de la libertad. La persona se siente fascinada por nuevos horizontes, a la vez que insegura de cuanto es y desea. La búsqueda de la propia identidad necesita modelos seductores, que sean diferentes de los que la han guiado y colmado hasta el presente. Aunque el influjo de los padres siga siendo grande, los jóvenes buscan a otras personas que les aseguren que van por el camino mejor o les ayuden a rectificar.

En el seno de esta crisis de identidad personal, es una gracia de Dios que cuenten con adultos maduros que se sientan cercanos, sepan escucharlos con paciencia y no les recriminen por sus contradicciones lógicas entre unos ideales seductores y una realidad de vida muy mediocre. De ahí la importancia de contar con monitores que tengan clara su identidad cristiana: su experiencia de Dios, su confianza en Jesucristo, su implicación en el camino de las Bienaventuranzas, su sentido de pertenencia a la Iglesia y su vida sacramental. Dada la manera de idealizar a sus líderes que tienen los adolescentes, un monitor con problemas o con graves carencias en su identidad cristiana puede causar un daño grande, mientras que es muy precaria la ayuda que presta.

Entre las ideas que los adolescentes someten a una revisión más honda están las relativas a la fe en Dios y a los valores evangélicos. Dada la fascinación que sobre ellos ejerce la pandilla, reviste mucho interés que todas estas cuestiones se reflexionen y se dialoguen en el seno del grupo, con una profunda libertad. Un grupo que no debe estar al margen de la comunidad parroquial, si quiere ser un camino de inserción comunitaria. Es natural que tenga sus propias características, pero es un error que se desentienda de los demás y se encierre en sí mismo. El crecimiento personal humano y cristiano no se puede desarrollar de una manera sana si no tiene un buen enfoque comunitario. Por eso, la vida de los grupos que se aíslan dificulta el sentido comunitario de sus miembros y la inserción en el dinamismo de la parroquia.

### *2) El aprendizaje de la oración personal.*

Hasta la adolescencia, la persona suele imitar lo que hacen los mayores. En este sentido, la oración de los niños también es verdadera a su modo y tiene sus características, pero con la llegada de la adolescencia crece la conciencia del propio yo, que permite entablar una relación más personal con las Personas divinas.

Es también la etapa de la vida en la que se desarrolla y configura la emotividad del sujeto humano, que es un ingrediente importante en la vida de fe y en la experiencia viva del Misterio. Las grandes amistades del comienzo de la juventud constituyen la base humana sobre la que se puede edificar una relación intensa y viva con Dios.

Pero la práctica de la oración requiere un aprendizaje lúcido, para poner bien los cimientos de esta dimensión de la fe que, como he dicho, es la expresión suprema de la actitud religiosa del hombre. Conviene que no se confunda la oración con los estados afectivos de ánimo y que el sujeto sepa afrontar las dificultades que se presentan en la vida del orante. No se trata sólo de enseñar métodos para iniciarse en la oración, sino de ayudar a cultivar los diversos tipos de oración y a discernirla de sus falsificaciones.

De igual manera, la afectividad de la persona necesita una educación que no se reduzca a fomentar y acoger los sentimientos gratificantes más superficiales. Igual que se puede confundir la intensidad creyente con la euforia, se puede confundir la grandeza del arrepentimiento con el sentimiento de culpa de personas que no han madurado aún. Tampoco se debe identificar una etapa de aridez en la vida de oración con la falta de hondura de la misma, por señalar ejemplos bastante corrientes.

Precisamente estas posibles ambigüedades me llevan a insistir una vez más en la conveniencia de contar con un acompañante en la fe que desempeñe el papel de guía. Una pastoral de juventud no se puede entender sin la colaboración de educadores que dediquen mucho tiempo a estar cerca de los jóvenes, para escucharlos cuando necesiten comunicarse y hablar.

### *3) La capacidad de amar con el cuerpo y con el alma.*

A lo largo de los años de la adolescencia y de la juventud, tiene una importancia extraordinaria la aparición del interés por la sexualidad y el descubrimiento del significado de la misma. La manera en que se aborde esta compleja cuestión va a tener una honda repercusión sobre la persona. Por eso, hay que ayudar a los adolescentes a descubrir la propia sexualidad, a entenderla y a humanizarla a la luz de la fe mediante el ejercicio de la inteligencia y de la voluntad. Y un aspecto de particular interés es el descubrimiento de la armonía del propio cuerpo con la personalidad profunda de cada uno.

Hay que tener en cuenta el fuerte impacto social que recibimos todos a través de los medios de comunicación y del hecho injusto de que en muchos ambientes escolares se imparte, bajo el nombre de educación sexual, una información genital abundante más o menos sesgada, que intenta desligar la sexualidad de su sentido ético. No cabe duda de que tiene importancia el conocimiento del cuerpo humano, pero es necesario insistir en que la sexualidad humana no se puede separar del amor. Un amor que está destinado a ser exclusivo y para siempre.

Desde esta óptica cristiana, la educación sexual ha de estar íntimamente unida al sentido de la vida y al aprendizaje existencial del amor. La persona tiende al egoísmo por naturaleza, hasta que descubre el sentido del tú, de la donación y del respeto a la dignidad del otro, que nunca debe ser convertido en un instrumento al servicio del placer.

La convivencia de jóvenes de uno y otro sexo en los grupos parroquiales puede facilitar un proceso que se revela hoy especialmente delicado. Cuestiones como los malos tratos domésticos, las rupturas matrimoniales más o menos precipitadas, la infidelidad conyugal y la vida desintegrada de muchas familias que continúan viviendo bajo el mismo techo tienen sus raíces en una deficiente educación y en patologías que se derivan de diversas formas de inmadurez afectiva. De ahí la importancia de abordar con hondura y con sentido cristiano estas cuestiones.

#### *4) La seducción de Jesucristo.*

La persona joven se caracteriza por su capacidad de asombro y por sus anhelos de plenitud. Precisamente por ello, la juventud puede ser el momento adecuado para presentar con profundidad el Evangelio. La persona real de Jesucristo y el espíritu de las Bienaventuranzas ejercen un atractivo particular cuando se proclaman con la pasión de todo lo que nos habla de Dios. En esta etapa, no hay que soslayar ninguna de las preguntas que brotan en el corazón de los jóvenes, por muy incómodas que sean. Por el contrario, hay que acompañarlos en sus dudas y hay que caminar con ellos, para que descubran que tenemos razones serias para creer.

Al igual que no debemos ocultarles las dificultades que conlleva la oscuridad de la fe, tampoco es bueno rebajar las exigencias del Evangelio. El radicalismo evangélico, lejos de arredrar y echar atrás a los jóvenes, constituye un acicate para el seguimiento de Jesucristo y se comete un error cuando se pretende facilitar el camino contemporizando con la cultura ambiente. La sinceridad y la transparencia del mensaje seducen más a los jóvenes que la oferta timorata de quien se queda a medio camino, pues si el Evangelio no les ofrece algo radicalmente diferente y nuevo a cuanto les ofrece el mundo, no tiene sentido acogerle. "Si a los jóvenes se les presenta a Cristo con su verdadero rostro, ellos los experimentan como una respuesta convincente y son capaces de acoger el mensaje, incluso si es exigente y marcado por la Cruz" (NMI, 9).

Para realizar esta presentación del Evangelio como alternativa crítica, que asume todos los valores de la modernidad y los sitúa en un nuevo horizonte de sentido y esperanza, se han revelado muy fecundos los métodos activos, entre los que sobresale la revisión de vida. Cuando se sigue con cierto rigor, va acompañando a la persona al hilo de los acontecimientos que jalonan su existencia y le permite captar el significado de la salvación que nos ofrece Jesucristo. El riesgo en que se ha podido caer alguna vez es el de aislar los valores evangélicos de su dimensión litúrgica y mística. Es algo que no debemos olvidar, pues además de minar el sentido más hondo de la Iniciación cristiana, dicho planteamiento reductor olvida que el Evangelio es una Buena Nueva liberadora y gratuita, y que no se debe presentar como si fuera una simple moral, una nueva Ley.

#### *5) La plataforma de la enseñanza de la Religión en la escuela.*

Me pregunto y os pregunto a todos si hemos sabido aprovechar pastoralmente este campo. El hecho de que los niños y adolescentes elijan la religión libremente pone de manifiesto que existe algún tipo de interés inicial. Comprendo que la clase no puede ni debe convertirse en un sucedáneo de la catequesis, pero cabe esperar que unos profesores creyentes transmitan su entusiasmo y su seducción por Jesucristo. Desde esa inquietud inicial, que no merma ni deforma lo que debe ser una clase en toda regla, cabe luego organizar actividades extraescolares. En éstas, se podrían presentar movimientos apostólicos para niños y para adolescentes, que además de tener un alto contenido educativo integral, son novedosos y atractivos.

Llama la atención que no pocos profesores de religión, que reúnen tantos valores y que gozan de una preparación muy rica, no estén luego integrados en la vida apostólica de las comunidades cristianas ni en los movimientos infantiles y juveniles. Hay numerosas y conocidas excepciones, pero tal vez no hemos sabido despertar la inquietud ni el interés de sus compañeros en esta dirección.

#### *6) Jesucristo en la Universidad.*

Uno de los ámbitos de la pastoral de juventud está constituido por la vida universitaria. La llegada a este mundo desconocido ejerce un poderoso impacto sobre los jóvenes cristianos. De pronto, encuentran ofertas muy ricas y plurales, la mayoría de ellas al margen de toda inquietud religiosa, y algunas, opuestas por completo al Evangelio.

En esta situación, los jóvenes necesitan actualizar su fe y dar respuesta a nuevas preguntas que antes no se habían formulado. Además, constatan que el hecho de confesarse cristianos les ocasiona con frecuencia el rechazo de algunos compañeros. El impacto es tan fuerte, que son muchos los que ocultan sus convicciones cristianas y no pocos los que abandonan su vida de fe o la dejan en suspenso.

Por eso, contar con grupos serios de pastoral universitaria, compuestos por profesores y alumnos, que acogen a quienes llegan y les ponen de manifiesto con su vida que la fe en Jesucristo, lejos de ser un obstáculo es un nuevo acicate para estar en la vanguardia del saber con rigor y competencia, es una gracia de Dios. Mediante el diálogo, la búsqueda compartida, el compromiso con la historia de cada día y la práctica de la oración personal y comunitaria, estas comunidades desempeñan un importante papel en la difusión del Evangelio y en la educación de los jóvenes. Y la presencia de profesionales cristianos que sobresalgan por su entrega al hombre y por su competencia profesional es la manera más elocuente de proclamar que Jesucristo nos ha traído la salvación. Una salvación que comienza en nuestra historia diaria de gracia y de pecado y que se prolonga más allá de la muerte.

### **3.3. La urgencia y prioridad de la pastoral familiar**

El Papa Juan Pablo II viene insistiendo, a lo largo de todo su pontificado, en el carácter prioritario de una pastoral familiar sólida. La familia ha sido objeto directo de varios de sus escritos, y fue también el tema de un Sínodo de Obispos. Para dar una respuesta a esta inquietud que casi todos compartimos, la Provincia Eclesiástica de Granada ha elaborado un Directorio de Pastoral Familiar que puede servir de guía para un trabajo serio. También nuestro Consejo Pastoral Diocesano ha abordado el estudio de la pastoral familiar y ha encomendado sus conclusiones a nuestro Secretariado Diocesano y a todas las parroquias.

Para abordar este tema de una forma metódica, se ha elegido la Preparación al Matrimonio y la formación de Agentes de Pastoral Familiar como una de las prioridades de nuestro Proyecto Pastoral Diocesano para el presente curso. Se entiende que también este

campo tan delicado tiene que inspirarse en lo que hemos ido viendo sobre la Iniciación cristiana. Por lo demás, considero un acierto el hecho de que el documento elaborado insista en la necesidad de contar con evangelizadores bien formados, para que la amplia gama de experiencias de la Diócesis se unifique y para que esta preparación se centre más en acercar el Evangelio a las parejas que en otras cuestiones también importantes pero menos urgentes cuando se trata de recibir un sacramento.

Por mi parte, dado que la Pastoral Familiar es la segunda línea de Acción de nuestro PPD, deseo decir algunas palabras sobre una cuestión tan vital para la Iglesia. Me voy a fijar sólo en cuatro puntos concretos, no porque el tema de la preparación al matrimonio me parezca menos importante, sino porque considero que esa cuestión está encaminada y abierta a nuevas experiencias, como esa modalidad ya experimentada de realizarla en un cursillo intensivo similar a un retiro. Seguramente los puntos sobre los que quiero llamar la atención no son los más urgentes, pero me ha parecido oportuno decir algo sobre ellos por su especial importancia dentro de la pastoral familiar y porque pienso que se ha hablado de ellos menos que de otros aspectos también básicos.

### *1) Los primeros años del matrimonio.*

La preparación al matrimonio tiene su banco de prueba en los tres primeros años de convivencia. Según dicen los expertos, es el tiempo de las dificultades y de buscar un proyecto familiar compartido y sólido. Si se acierta en poner bien los cimientos, el matrimonio es un camino de realización personal y comunitaria apasionante. No es que se consiga eliminar los problemas y dificultades de forma definitiva, pero se logra contar con esos medios que ayudan a resolverlos. Me refiero al amor de donación, a la confianza, al diálogo, a la ayuda mutua y a la voluntad de permanecer unidos para siempre en el Señor.

La mayoría de las parejas jóvenes se aíslan y no saben pedir la ayuda necesaria para afrontar unas dificultades que no se esperaban. Cuando creían conocerse bien, advierten que el otro es un desconocido y que uno mismo tiene reacciones que no había imaginado. La convivencia y el complejo proceso de maduración en común terminan por desconcertarlos y matar sus ilusiones. Esta desagradable sorpresa, unida a la mentalidad reinante en favor del divorcio y en contra de la unidad familiar los puede llevar a tomar decisiones precipitadas, antes de haber intentado corregir los defectos de su convivencia y ayudarse a crecer en el amor.

En países con una tradición divorcista muy arraigada, se están dando cuenta de que el divorcio no es la solución. Aparte del sufrimiento que provoca en los cónyuges y en los hijos, un porcentaje alto de los que se han divorciado una vez vuelven a recurrir al divorcio con los años. Por eso, en algunos lugares se ha comenzado a invertir fondos y esfuerzos en centros de atención familiar gratuitos que ayudan a las parejas a resolver sus problemas sin romper el matrimonio; y parece ser que se consiguen resultados muy importantes. "En este punto, la Iglesia no puede ceder a las presiones de una cierta cultura, aunque sea muy extendida y a veces "militante". Conviene más bien procurar que, mediante una educación evangélica cada vez más completa, las familias cristianas ofrezcan un ejemplo convincente de la posibilidad de un matrimonio vivido de manera plenamente conforme al proyecto de Dios y a las verdaderas exigencias de la persona humana" (NMI, 47)

Entre nosotros, además de un Centro de Orientación Familiar en la capital, hay movimientos familiares que ofrecen a las parejas integrarse en grupos de convivencia y de

apostolado para ayudarse a vivir el matrimonio. También hay materiales para las reuniones y métodos que se ofrecen a las parejas y a las familias para que aprendan a dialogar y a convivir.

Pienso que la pastoral familiar necesita tomar en serio la situación de las parejas durante los primeros años y aprovechar todos los recursos que tenemos. Además, hay que intentar acercar estos servicios ya experimentados a todas las zonas de la Diócesis, pues no resulta fácil que las parejas de otras poblaciones de la costa o del interior se desplacen a la capital. Pero también aquí sería conveniente aunar los esfuerzos. Aunque cada grupo y cada parroquia tienen su propia personalidad, el Vaticano II insiste en la importancia del apostolado asociado y de la unión de fuerzas.

## *2) El regreso a la práctica de la fe.*

Un fenómeno que empieza a despuntar es el retorno de algunas parejas a la práctica de la fe o el descubrimiento del Evangelio que nunca habían conocido a fondo. Sucede a veces durante la preparación al matrimonio. Pero es más frecuente el caso de aquellas parejas cuyos hijos se preparan para recibir la primera comunión. En la mayoría de los casos, es la madre la primera que se acerca y comienza a vivir una experiencia antes desconocida, cuando se prepara en unión con otras madres para impartir la primera catequesis en el hogar. Lo que empieza como una colaboración más o menos voluntaria, va ganando interés a medida que avanza el proceso. Cuando el grupo de madres tiene la fortuna de contar con alguna persona verdaderamente convencida de su fe y logra crear un clima aceptable de sinceridad y de diálogo, es fácil que persevere después de la comunión de los hijos y que logre atraer el interés de los maridos.

Un elemento decisivo puede ser la presencia de catequistas bien formados, que alientan la participación activa de todos y aprovechen la ocasión para iniciar y desarrollar un catecumenado de adultos en la línea de la Iniciación cristiana. Pero si el grupo se queda aislado en sí mismo, lo normal es que, tras dos o tres años de interés creciente debido a la novedad, se convierta en un grupo de amigos más o menos estable. Para facilitar su perseverancia, es conveniente que se inserte en un movimiento más amplio, que le lleve a salir de sí. En la Diócesis contamos con un catecumenado de adultos bien organizado y con diversos movimientos de apostolado familiar que tienen buenos planes de formación y de trabajo. Lo importante es que estas personas que han empezado a descubrir el Evangelio como pareja no queden abandonadas cuando más lo necesitan.

## *3) La educación de la fe en el hogar.*

Hoy sabemos que las primeras experiencias de la persona tienen una repercusión muy profunda a lo largo de su vida. Precisamente por ello, tenemos que recuperar la práctica de la vida de fe en los hogares. Todavía contamos con numerosas parejas que tienen una experiencia creyente muy profunda. Sin embargo, el ritmo acelerado de vida, especialmente cuando también la madre trabaja fuera del hogar, la secularización del ambiente y la creciente dependencia del televisor llevan a que se descuide la oración en familia y la lectura comentada de la palabra de Dios.

Pienso que hemos de recuperar la práctica de la oración en los hogares y que los padres vuelvan a ser los primeros catequistas de sus hijos. Disponemos de medios muy pedagógicos y asequibles para facilitarles esta hermosa tarea. ¡Nadie como ellos para enseñar a rezar a los suyos, para inculcarles los valores evangélicos y para despertar su interés por la Sagrada Escritura! Con el equipamiento técnico que hay en casi todas las casas, hoy se puede recurrir también a videos y a películas que enseñan, educan y divierten.

En todo caso, la educación en la fe depende más de la experiencia creyente de los padres y del diálogo espontáneo con sus hijos que de sus conocimientos. Cuando los esposos son creyentes convencidos, cada palabra y cada gesto se convierte en un vehículo eficaz para que llegue el Evangelio a los hijos. Pero hay que tener muy en cuenta un aspecto tan decisivo como es la escucha cordial y la respuesta a las numerosas preguntas que éstos van planteando desde su primera infancia. Es necesario que ninguna pregunta se quede sin la atención oportuna por parte de los padres.

Es verdad que el tipo de vida que llevamos hace difícil encontrar momentos oportunos para ello, pero tenemos que desarrollar la imaginación para vivir, escuchar al otro, jugar con los hijos e iniciarlos en su experiencia religiosa. Si estamos convencidos de su importancia, terminaremos por encontrar la respuesta adecuada. No olvidemos que transmitir la fe es narrar la propia experiencia, dialogar y acompañar en la búsqueda.

Lo importante es que esta primera presentación de la fe vaya acompañada de la bondad paciente y del calor afectivo de los padres, pues aquello que se vive en un clima alegre y positivo tiende a permanecer en lo más hondo de la persona. Por el contrario, lo que nunca se trata ni se comenta, termina por carecer de importancia. Y la catequesis que los niños reciben en la parroquia no es fácil que llegue a su corazón y permanezca en él si los padres no la apoyan con su interés, sus palabras y su ejemplo. Por otra parte, sólo ellos van a ser los testigos inseparables del desarrollo de sus hijos, los que podrán estar a su lado, escucharlos, dialogar con ellos y prestarles la ayuda oportuna en los momentos decisivos de su desarrollo.

#### *4) La atención a los enfermos y a las personas mayores.*

Existe una sensibilidad creciente en torno a las personas mayores y no son pocas las voces que apuntan como solución mejor que las residencias llevar la ayuda a los hogares mientras resulte viable. Las residencias de día que han comenzado a surgir por todas partes constituyen el complemento imprescindible para mantener a las personas mayores en el hogar con la delicadeza y el cariño que merecen

Los avances de la medicina ha traído como feliz consecuencia un número creciente de personas mayores en nuestros pueblos y ciudades. Es un hecho nuevo que nos obliga a buscar respuestas inéditas en todos los órdenes, desde la necesidad de una medicina adecuada a la mejora de subsidios sociales que permitan a la familia responder a esta situación. Como ciudadanos que somos, los cristianos tenemos que implicarnos a fondo en buscar las soluciones más acordes con la dignidad de la persona y con el amor que nos inculca el Evangelio.

Todavía existen entre nosotros residencias indignas de este nombre, en las que los mayores no disfrutan de los cuidados materiales mínimos que demandan ni de las ayudas psicológicas que necesitan. Por eso, además de felicitar a los que se esmeran en la atención material y psicológica a nuestros mayores, quiero insistir a todos en que no nos podemos mantener al margen cuando descubramos carencias que nos degradan a todos.

Mas aparte de los problemas que preocupan a toda persona humana, los que creemos en Jesucristo hemos de preocuparnos por su vida de fe. No es justo que personas que han llevado una práctica sacramental muy exigente, se vean escasamente atendidas cuando más lo necesitan. La comunidad cristiana, fiel a su opción preferencial por los más pobres, tiene que hacerse presente en esta difícil situación, para acompañar a estos hermanos a mantener su vida de piedad en la medida de lo posible. Si es un motivo de alegría comprobar que cada día ponemos más esmero en todo lo que se refiere a sus necesidades primarias, tal vez no hemos sabido ofrecer la misma ayuda para su vida de fe. Y me atrevo a decir que la presencia cada vez más numerosa de personas mayores es un auténtico signo de los tiempos en el que nos está hablando Jesucristo.

#### IV. CONCLUSION

Nuestro Proyecto Pastoral Diocesano "Duc in Altum... Rema mar adentro" es un Plan denso y está muy bien elaborado, igual que los tres documentos de apoyo para los próximos cursos. Pretende ser un instrumento importante que oriente y dirija la acción evangelizadora de la Iglesia de Málaga durante los cuatro próximos años. Como sabéis ha sido elaborado con la participación de una buena parte de la Comunidad Cristiana. Es "nuestro Plan", el Plan de todos. Porque todos hemos tenido la oportunidad de colaborar en su elaboración y porque está destinado a todos nosotros. Y hemos de tomarlo como punto de referencia para nuestras programaciones pastorales en las delegaciones diocesanas, en los arciprestazgos, en las parroquias, en los colegios, en las comunidades religiosas, en los movimientos de seglares. El Proyecto es una directriz vinculante para los proyectos de cada una de las realidades diocesanas que deberán tener en cuenta el PPD a la hora de elaborar sus propios programas, adaptándolo a su peculiar situación y función. Quiere respetar el legítimo pluralismo y evitar al mismo tiempo y con el mismo interés, la dispersión y la anarquía, que son contrarios a una auténtica espiritualidad de Comunión.

A todos nos corresponde **acogerlo** con espíritu eclesial, **asimilarlo** con una lectura individual y comunitaria en un ambiente de oración tratando de asimilar su espíritu misionero y evangelizador y **programar** a partir del Proyecto Pastoral Diocesano que quiere ser la respuesta de la Iglesia de Málaga a la llamada del Señor a evangelizar, aquí y ahora, a nuestra sociedad y desde nuestra Iglesia particular que está en comunión con toda la Iglesia de Jesucristo.

En esta hermosa tarea nos acompaña y nos ayuda con su amor de Madre Santa María de la Victoria, a quien veneramos como "Estrella de la Evangelización". A Ella, en este Año del Santo Rosario que acaba de anunciar Juan Pablo II, le encomiendo nuestro trabajo pastoral.

+ Antonio Dorado,  
Obispo de Málaga.

Málaga, Adviento de 2.002